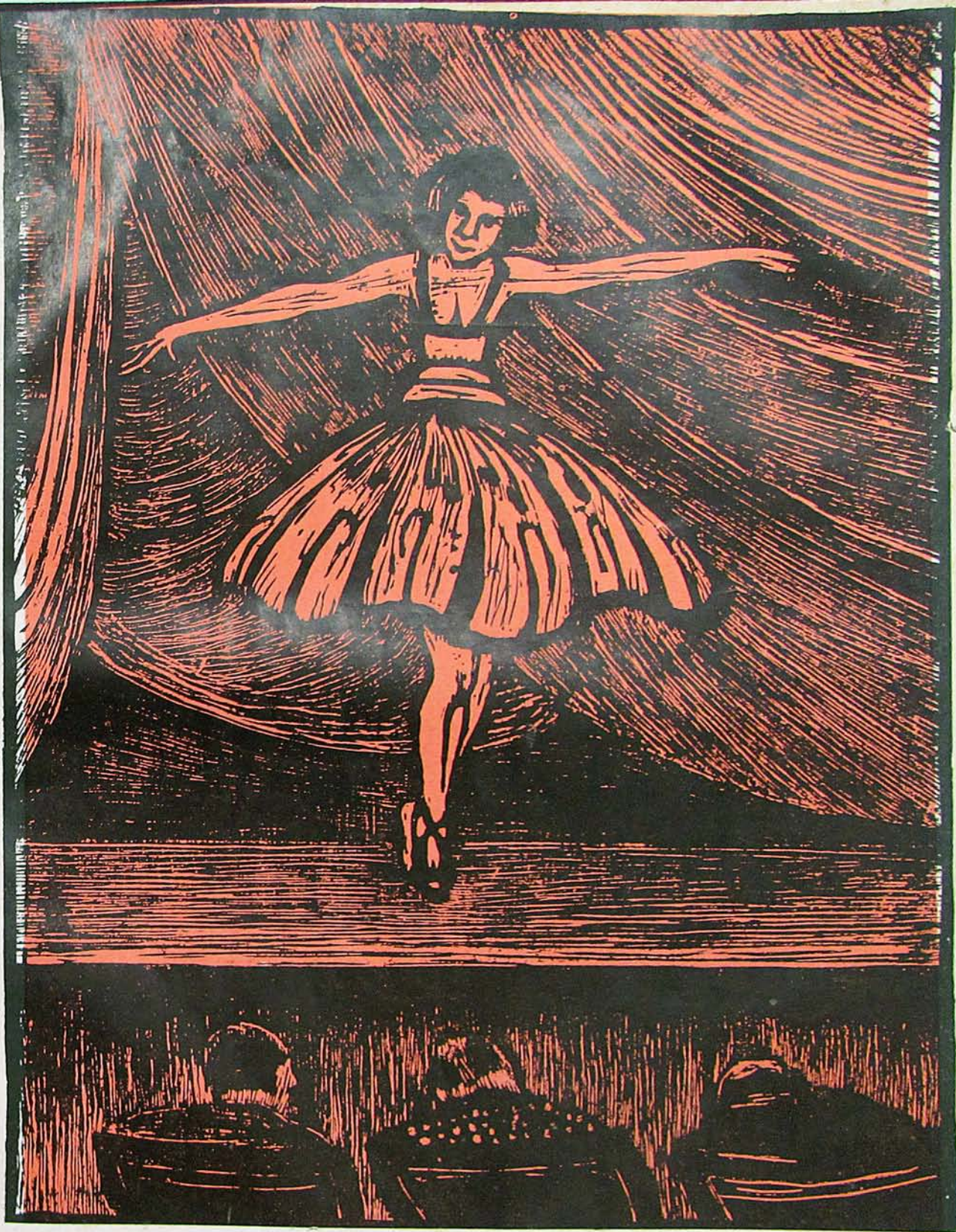




LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA, ARTE, CRITICA Y LITERATURA

SUPLEMENTO DE EDITORIAL CLARIDAD

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.anra.com.ar

Nº. 111 - 20 cts.

EDITORIAL CLARIDAD

(SOCIEDAD DE PUBLICACIONES)

Empresa editora de:

Los Pensadores - Biblioteca
Científica-Clásicos del Amor
Los Nuevos - Biblioteca
Cosmos - Teatro Nuevo -
Los Poetas - La Novela
Literaria - Los Contemporá-
neos - Novelas de Aventuras.

En estas colecciones se publican las obras más selectas de los mejores autores.

Todas las ediciones son completas, esmeradas y a precios económicos.

EDITORIAL CLARIDAD

(SOCIEDAD DE PUBLICACIONES)

Director: ANTONIO ZAMORA — Administrador: FRANCISCO TUBIO

Impresor: M. LORENZO RAÑO — Distribuidor: VICENTE BELLUSCI

Dirección Postal: Casilla de Correo 736 - Buenos Aires.

DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 750

Administración:
BOEDO 837
U.T. 4999, Mitre

CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:: ARTE, CRITICA Y LITERATURA ::
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Aparece el primer martes de cada mes

SUSCRIPCION

Para todos los países
de la convención postal
AÑO \$ 2,50 m/n.

En los demás países
AÑO \$ 3,00 oro

Cada ejemplar 20 cts.

AÑO IV

Buenos Aires, Junio 2 de 1925

N. 111

AL MARGEN

LA MAFFIA

El jurado municipal ha fallado, por fin. Marasso Roca se llevó el primer premio de las obras en verso. Marasso Roca es un cultor del floripondio griego que hace unos versos impecablemente extemporáneos y vacíos. El segundo premio fué otorgado a un poeta bufo: E. Méndez Calzada. Sólo él y Dios saben los desdoblamientos dorsales que le habrá costado conseguir el segundo premio. El tercero se lo llevó un poetita de tres por cuatro. Si en verso fallaron mal, en prosa fallaron peor. Giusti se llevó el primer premio de las obras en prosa con un libro bastante malo: "Crítica y Polémica". Mejor dicho: lo robó. Porque eso es robar la plata al municipio. El segundo premio le tocó a un escritor mediocre que se llama González Arrili y el tercero a Rojas Paz que no es malo ni es mediocre. Ningún año se han otorgado más arbitrariamente los premios que este bendito año de 1925. Se ve a simple vista que el jurado municipal se ha convertido en una maffia que reparte los premios entre sus amigos o entre los miembros de su familia. El hecho de que Mantecón haya obtenido sufragios para los tres premios ponen de relieve nuestra afirmación.

El jurado municipal está constituido por concejales o ex concejales o aprendices de concejales. Entre los premiados y los candidatos a obtener premios hay también varios concejales y ex concejales: Mantecón, Giusti, Coronado, etc. El año pasado ocurrió algo parecido. Es un negocio de concejales. Una especie de redoblón que hacen entre ellos. Hoy por mí, mañana por ti. Manacorda, concejal, votó tres veces por Mantecón, ex concejal. Y la obra de Mantecón es un mamotreto inefable.

Parece ser que el jurado municipal no se fija en el valor positivo de una obra. Se fija si es concejal o no es concejal el que la firma, si es amigo o enemigo, si tiene o no padrinos. Los premios llamados de estímulo a la juventud, son más bien premios de beneficencia, pensiones a la vejez. Son amigos que premian a sus amigos. Eso es todo. Y cada día la repartija se efectúa con mayor descaro. Los jóvenes que concurren a disputar los premios sirven de carnada a los viejos fósiles que se los llevan. No hay que esperar nada equitativo de ningún jurado y menos del municipal. Habría que boicotearlo no concurrendo. De esta manera la arbitrariedad sería manifiesta.

EL SALON DE OTOÑO

No acusa ninguna reacción el XI Salón Anual de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas. Estos últimos, escasos, y de ningún valor. No tienen la exacta noción del aguafuerte. Se aproximan todos al dibujo a pluma por la uniformidad de los planos, por el rayado grueso siempre y la falta de entonación.

Los pastelistas parecen creer que esa técnica los obliga a ser blandos y afeminados y que es a propósito para temas sin carácter. De esta sospecha excluimos a Emilio Centurión, que en Doña Consuelo, si bien logra convencernos de su habilidad, no nos emociona. Es un buen trabajo en frío. Una obra en la que se ha supeditado la intensidad emocional a la técnica. Un cuadro bien hecho... y no da más.

Este salón se distingue por el atiborramiento de telas; pero la verdad es que, apenas una docena — si no exageramos — merecen el honor de la exposición. Algunas pinturas — las de Bermúdez Franco, Alejandro Christophersen, Jorge Larco, Enrique Prins y otros que se nos escapan — constituyen una falta de respeto y una burla para el público que visita la sala del Retiro.

Los garabatos de Antonio Bermúdez Franco, los hace cualquier ecología y, hasta con más gusto estético.

Christophersen es lo más malo que hay en el país. Se le dedica una sala completa. Sombreros, cintas, paisajes, colorines. Los modelos son de revistas extranjeras y las mujeres, sin ninguna duda, del dibujante norteamericano Gibson.

Jorge Larco es un joven desfalleciente. Un ilustrador de manos suaves y de pupila femenina. Todo lo ve a través de una espesa capa de caramelo. No le queda otro remedio que convertirse al futurismo.

Enrique Prins... ¿para qué hablar de Prins? ¡Ya lo citamos el año pasado.

En nuestra peregrinación encontramos algunos dibujos acuarelados de Bonomi. Este dibujante tiene un gran sentido decorativo. Pero sus dibujos son trabajos de paciencia y en esto no va a superar a los japoneses.

Fray Guillermo Butler, lo de siempre. Una pintura moribunda, de una puerilidad que fastidia.

Octavio Fioravanti tiende hacia el tema de fondo; pero no está todavía en condiciones de tratarlo. La cabeza de "El viejo Antonio" es interesante, pero allí falta la verdad, el carácter. El cuadro de Larco, el pintor de Bernini. No sé

sincero al trasladarla al lienzo y dulcificó lo que debió ser áspero. Por idéntico motivo el "Retrato de Jilca", etc., es malo.

Raquel Forner quiere a toda costa parecer original y nos presenta unos monstruos hechos con tiritas de papel de color.

Hugo Garbarini es un pintor fotográfico. Acaso este arte salga perdiendo en la comparación.

Gutiérrez Gramajo es el más discreto de los que exponen arte decorativo.

El motivo de la única tela que presenta Alberto Rossi es interesante; pero este pintor está ya "academizado". Los tres caballos que pinta son caballos de academia.

Solo Azebal tiene dos cuadros interesantes, uno de ellos: Culucn. Los restantes son algo flojos y desentonando, el titulado "Retrato de mi hermano Enrique", que es falso de color y de espíritu.

Thibon de Livian tiene la "circomanía". Hasta ahora se le soportaba porque poseía el sentido del color que, a juzgar por lo expuesto, también ha perdido.

De los nuevos, César Pugliese promete buenos trabajos. Hay en las defectuosas acuarelas que ha presentado una intuición del espacio. Los cielos son remotos y las aguas, profundas. Buen síntoma.

¿Qué más podríamos decir de esta exposición? Otro año transcurrido... y nada. Nada absolutamente. Los que exponen son los mismos de tres o cuatro años atrás; los modelos, los motivos, el colorido, el modo, son los mismos de hace tres o cuatro años. No hay adelanto, ni coraje, ni ideas, ni vigor artístico. Todo es falso y mediocre como en los años anteriores. Y todos los años abrimos una hendijita a la esperanza y nos encaminamos al Retiro, para volver, como tantas veces, tristes e irritados de tanta mediocridad.

En bien de la moral pública, debe clausurarse de una vez el "Salón Anual".

CAJAS DE JUBILACIONES

Nos ha llegado una carta que nos muestra, y bien a las claras, que en las cajas de jubilaciones se ha entronizado una gente que no hace otra cosa que dormir la siesta y pedir café al ordenanza. Basta que el Ejecutivo cree una nueva repartición para que aparezcan tantos parásitos como puestos se reparten. En la "Caja Nacional de Pensiones y Jubilaciones Civiles", el caso, siendo común, es de lo más extraordinario. Un expediente demora en ser resuelto siete u ocho meses. Al cabo de este tiempo se cita a la víctima—que es casi siempre un personaje de Roberto Mariani—y se le comunica que las informaciones producidas no son suficientes, previa reposición de quince o veinte fojas de papel sellado.

Nuestro hombre pone la cabeza entre las manos: ¡ochos meses para llegar a esta conclusión! Entonces interviene melosamente el empleado y le insinúa que, acaso, haciendo un regalito al jefe y otro regalito al secretario... y otro...

Y es así como transcurren jubilarlos que no son jubilarlos sino A Costa.

MORAL DE LA INMORALIDAD

Uno de los cargos más serios que le han hecho a Julio R. Barcos para expulsarlo del magisterio fué que su libro "Libertad sexual de las mujeres" era un libro inmoral.

Sin embargo, don Miguel de Unamuno ha dicho respecto a ese libro, lo siguiente:

"Los que explotan en sus narraciones el tema obligado del honor y el sentimentalismo en torpes y falsos idilios, habrán recibido ahora una buena lección. Porque nada hay tan honroso y sentimental como la realidad, y ésta surge diáfana y potente del libro "Libertad sexual", de J. R. Barcos, pero en forma que deja muy mal parada a toda la literatura empalagosa, sin substancia alguna".

Y Blasco Ibáñez:

"El libro "Libertad sexual de las mujeres" ha hecho en muy poco tiempo mucho más que la actuación de todas las "ligas feministas". Sólo que a su autor le guía un sentimentalismo muy humano de pugna con las aspiraciones egoístas de éstas. Julio R. Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va del siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza".

Y Ramón y Cajal:

"La completa franqueza con que J. R. Barcos trata de las cuestiones del sexo es el verdadero camino de la iluminación para el amor. Cuando las mujeres sean capaces de llevar a la práctica sus derechos corporales, se comprenderá todo el inmenso valor de esta cuestión; porque entonces habrá caído de los ojos humanos esa venda que impide su felicidad".

Citamos estas tres opiniones por ser uno el filósofo más grande de España y el otro, el novelista más afamado, y el tercero, el primer hombre de ciencia de la península. Ahora podríamos preguntar al Consejo Nacional de Educación, en cuyo seno se encuentra Carmen Pandolfini, qué entiende por moral y por inmoral. Particularmente, esta pregunta se le podía dirigir a la señora o señorita Pandolfini que según le consta a Constancio C. Vigil, dicha señora o señorita no se acostaba sola desde que cumplió los 15 años y ahora tiene ya como cuarenta. Por manera que "Libertad sexual de las mujeres" no podía decirle a ella, nada que ella no supiera con 25 años de antelación.

ESTIMULO A LAS ARTES

Acaso un poco tardíamente se nos ocurre que el apoyo oficial a las artes no ha servido para otra cosa que para encumbrar a los mediocres. La facilidad con que se adjudican los premios a la literatura y a la pintura nos hace sustentar este criterio. ¿Qué se ha conseguido con la Comisión Nacional de Bellas Artes? Absolutamente nada. Los raros pintores buenos que hay en el país, por dignidad se abstienen de concurrir a las exposiciones anuales que la Comisión realiza. Los que concurren, ya están catalogados en el "Boletín de la Academia de Bellas Artes" como "apaciguadores" de los premios municipales y na-

cionales suelen ser casi siempre los escritores mediocres. Se nos ha ocurrido, entonces, que las dificultades que el artista encontrara en su carrera podrían ser muy bien el remedio a la anemia intelectual que nos distingue. Hoy día, cualquier muchacho inexperto imprime los balbuceos de su adolescencia, o desconociendo los rudimentos pictóricos expone tres o cuatro telas.

A la impotencia intelectual se la denomina futurismo. Y escudados en esta palabra medran como artistas unas gentes que deshonran el arte, alejándolo del pueblo. El arte no es flor de invernadero. Toma su belleza de la adversidad, del dolor y el sufrimiento, y por eso que en milagroso florece mejor cuanto más privado se halla de sus elementos. Los grandes artistas que admiramos, trabajaron en las más tristes condiciones. La miseria se cobó en ellos, las enfermedades los agobiaron, fueron calumniados y escarnecidos y nos legaron manantiales de belleza. En los días que corren el arte es una vanidad, la más hinchada y la más falsa de todas las vanidades.

Sería, pues, deseable que se suprimiera todo apoyo oficial a las Artes. La exaltación de la agricultura y la ganadería traería como consecuencia inmediata que muchos de los que se dedican al arte se dedicaran al cultivo de la tierra, con lo que el arte saldría ganando y se abaratarían los alimentos. Y no habiendo recompensa, solamente hablarían los que tuvieran algo que decir, aunque debieran escribirlo con sangre.

VEAMOS LA PAJA EN EL OJO AJENO, PERO NO VEMOS LA VIGA EN EL NUESTRO

"Martín Fierro" — la mejor publicación de su género: género macarrónico — está propagando la especie de que nosotros no sabemos escribir. Carecemos, según parece, de estilo. Nos falta corrección y atildamiento, buenas maneras de expresión, e incurrimos, además, en frecuentes y repetidas "concordancias vizeaínas". Se nos acusa de haber nacido en la Boca, que es el foco del "mal decir" y de la golfería. Vuelta a vuelta se nos encuentra fallas importantísimas, como por ejemplo usar "lo" por "le" y decir "grelún" por "mafiioso". También se nos lleva señalado que se dice "la" "Caras y Carretas" y no — como dicen los canillitas de quienes descendemos directa e indirectamente — "el" "Caras y Carretas".

Todo esto tiene, desde luego, una importancia bárbara. El hombre que se detiene a consultar si se dice "de propósito" o "a propósito", puede inmediatamente reclamar por así una patente de sabio o de filósofo. Es necesario haber sentido estremecimientos metafísicos bajo la corteza crancana para plantearse problemas de tanta trascendencia.

La base de toda literatura para "Martín Fierro" radica en el idioma. Y si el idioma no es bueno, el idioma es malo.

go, que el idioma en sí no vale nada. El que vale es quien lo maneja. Vale o no vale. El valor está en el literato y no en la literatura. La base de toda literatura radica en la inteligencia y la inteligencia no puede jamás, sujetarse a ninguna regla ni pactar con ningún catecismo. La inteligencia no se mide con el mismo rasero que se mide la falta de inteligencia. La inteligencia es algo que no puede concretarse pero que trasciende por encima de las palabras como un fluido magnético. Un escritor de raza, nos agarra desde la primer página, no por su léxico brillante o deslucido, sino porque emite ese fluido propio de la inteligencia. Por la misma razón, fascina y se apodera de uno sin que uno pueda explicarse humanamente por qué va y viene, sube y baja, a merced del que está escribiendo.

El idioma, para los grandes escritores, es una cosa secundaria. Es, con respecto al contenido de una obra como el traje con respecto a la persona que lo lleva. Lo fundamental es decir lo que uno tiene que decir y que todo el mundo lo comprenda. La verdad está siempre por encima de la belleza. Cuando uno no logra hacerse comprender por sus semejantes es señal de que o no ha llegado al grado de madurez que requiere la emisión del pensamiento o que no tiene nada que decir a nadie y se empeña en hablar como una cotorra en vez de callarse la boca. Sospechamos que a "Martín Fierro" le ocurre lo primero o lo segundo, o las dos cosas a la vez que es más deplorable todavía.

"Martín Fierro" posee muchas palabras y pocas ideas, escribe largo y piensa corto. Sus colaboradores se desviven por los vocablos bonitos y retumbantes. El "último foto de Rubén Darío" es el que dirige la polifonía de todas estas cabezas huecas. La originalidad consiste para ellos en retorcerle el cogote a las palabras y entreverarlas en una forma ambigua y descabellada, haciendo del discurso una verdadera riña de gallos. Hay uno que dice "prefación" por prefacio y cree con esto haber descubierto la cuadratura del círculo. Hay otro que dice "imanífico" y otro "meta inspiratrix" y "hermética esquivex de extranjería".

Nosotros escribimos mal, tal vez, porque nuestra aspiración no consiste en llegar a escribir bien. Somos desaliñados: lo sabemos. Socios. Espontáneos. Pero nos hacemos entender hasta por el vigilante de la esquina.

Ahora, preguntamos: "Martín Fierro" que ha dedicado toda su vida a la tarea bovina y lanuda de "escribir bien", ¿lo ha conseguido? No le vamos a echar en cara la falta absoluta de ideas y de nobles sentimientos que lo caracteriza, le vamos a preguntar sencillamente si ha conseguido después de tanto tiempo "escribir bien". Y qué es lo que entiende por escribir bien. Suponemos que "Martín Fierro" no entiende "escribir bien", por escribir con corrección. Tampoco suponemos que se nos quiere encerrar a nosotros entre las cuatro paredes estrechas de la gramática. Nosotros entendemos que escribe bien una persona que consigue hacerse comprender. Y si exigimos algo en este sentido...

GRIGORIEVITSCH BELINSKY

(de la "Sozialistische Monatshefte")

demasiado. ¿Quién entiende lo que dice "Martín Fierro"? "Proa". ¿Y lo que dice "Proa". Le entiendo "Martín Fierro". Esto no es, sin embargo, lo más descabellado que en esa revista aparece. Allí van:

"Un purgatorio de vivos cuyo fuego es el mar". En cetera y epigráfica visión, así estima a Portugal D. Miguel de Unamuno. Mejor que en la candorosa blandicia de los Cancioneros, mejor que en la tibieza doméstica de la Ajuda, y que en la áulica cortesanía de la Vaticana y de Colocci Branculli, la expresión y el gesto de la humanidad lusitana están en los diarios de ruta seiscientistas. Y sus ayerres, a todo lo largo de su gloria, dormirán con mayor intensidad de infinito en los cuadernos de bitácora del siglo XVI, rígidos en sus sudarios de lona alquitrana, que en los entumecidos cronicones empolvados de refriegas y de lances fronterizos con el castellano. En su pasado es mayor el censo de banpreses que la estadística de lanzas y hay más mástiles que cruces y más singladuras que batallas. Por cada prei Joao Bernardes, el eremita de Cintra que oraculizaba en los ojos de su gacela, contaremos cien Vascos, raptos de núbiles lejanías. Por cada capisayo ascético, mil hopas. Por cada capuz recoleto—con que abonanzas las frentes—una multitud de suertes—con que vencer las tormentas del mar".

Confesamos no entender absolutamente nada de lo que transcribimos, por cuya razón no podemos emitir un juicio. Ignoramos quien pueda ser esa ilustre señora "Ajuda", ni tenemos noticias de ese señor Colocci Branculli (¿es de la Boca?), ni oímos hablar jamás del prei Joao Bernardes, ni sabíamos tampoco que era "eremita de Cintra" y menos, mucho menos, que ese hombre, "oraculizaba"... Ahora, lo de "capisayo ascético" y lo de "capuz recoleto" y lo de "multitud de suertes", eso se entiende: es una resultante de lo otro...

Más abajo el mismo autor, dice:

"Este mozo portugués, Antonio Ferreira Monteiro, ha "hinojado" sus versos bajo la "advocación totémica del océano".

Hay que descifrar esto. Más que literatura seria, parece un juego ingenuo de palabras cruzadas.

Bien, bien: ¿este es el estilo que nos recomienda "Martín Fierro" a nosotros? ¿A esto se llama escribir bien? ¿"Martín Fierro" nos desea la desgracia, la tremenda desgracia de que un día aprendamos a escribir como ellos?

Los redactores y colaboradores de "Martín Fierro", debían a nuestro juicio, hacerse anunciar las orinas... Quizás esa incontinencia en las palabras proviene de la vejiga.

Antes del advenimiento del bolshevikismo al poder, todos los 14 de Junio, los elementos liberales de Rusia festejaban el recuerdo de uno de sus más grandes jefes intelectuales.

No es muy arriesgado afirmar que Belinskij ha dado impulso a todas las ideas morales y estéticas que han obrado sobre el alma y el espíritu ruso desde hace algo más de medio siglo. Su vida fué simple y murió en 1848 a los 37 años. Y no obstante este hombre enfermizo y sin recursos ha impreso la huella de su pensamiento más profundamente que ningún otro conductor espiritual en la vida de la nación rusa. Hijo de un médico militar, siguió los cursos de la universidad de Moscú donde se ligó al revolucionario y sabio Herzen. A los 23 años publicó un resumen crítico de la historia de la literatura rusa que lo hizo célebre de golpe.

Sencillo y tímido, tomó partido con calor por las teorías que le eran caras, y sus camaradas, italianizando su nombre — Wissarion — lo llamaban riendo *Visseriono furioso*. Su erudición era inmensa. Después de haber sido seducido por la filosofía alemana se entregó de lleno a la estética. El veía en ella la solución de todos los enigmas, el marco donde encerrar todo. Escribía en esa época: "Nuestro deber es el de despertar el sentimiento de lo bello que es una de las condiciones de la dignidad humana. Es el fundamento del bien. Después él se entusiasma con el mismo ardor por las ideas socialistas. Pero estaba muy lejos de la anarquía de un Bakmin. El sostenía que el desarrollo de la cultura intelectual en Rusia no podría comenzar hasta que la nobleza no hubiera sido transformada en una *burguesía* inteligente y trabajadora. Poco tiempo antes de su muerte escribió su famosa "Carta a Gogol", que era una respuesta al libro reaccionario de Gogol: "Mi correspondencia con mis amigos". El efecto de ese primer panfleto político en Rusia fué enorme. Todos los profesores, todos los estudiantes, se sabían de memoria esa protesta fervorosa contra el absolutismo y el oscurantismo. El gobierno llegó hasta decretar la pena de muerte contra quienes ayudaban a la propagación de lo que ellos juzgaban un libelo revolucionario; y Dostoievsky mismo fué condenado en esas circunstancias.

Román Streltsov.

(Traducción de I. Z.)





UN ASESINATO POR LEONIDAS BARLETTA



El obeso señor Marín, un hombre serio y gruñón que leía el "Tit-Bits" mientras lo afeitaban, contestando a una pregunta del oficial Miguel, había exclamado, como cediendo a un irrefrenable impulso:

— ¡Ah! es muy hermosa mi mujer!

Los clientes y los oficiales de la peluquería volvieron a él sus ojos atónitos y algunos sonrieron con suspicacia, mientras la gruesa nariz del señor Marín se hacía más encarnada y prominente.

Estaba satisfecho de haberse casado con una mujer hermosa y contento de vivir como vivía. Verdad es que a veces sufría lo indecible: hoy por ejemplo. ¡Qué sube, que baja! A veces su cuantiosa fortuna se le escurría de las manos, para luego volver a él duplicada. Hoy apenas si había almorzado unos sandwiches y una taza de té y otra vez a la Bolsa, sudoroso, pasando incesantemente su pañuelo por la reluciente calva. Pero — a Dios gracias — el día había cerrado con grandes ganancias. Era tres veces más rico que hace ocho horas.

Así que cuando se vió libre de preocupaciones y con su ganancia segura; se acordó de su casita, de sus cómodas zapatillas, de la estufa, de los langostinos, del marsala añejo, del café aromático, y de su mujercita, y le invadió una alegría cosquilleante.

¡Ah! su mujercita! Una muñequita frágil. Joven, encantadora y mimosa. Sus piecitos una miniatura, sus manitas: un racimito minúsculo de deditos rosados y pulidos, su boquita: un puntito rojo y almibarado. Y los rulos enortijados, rubios, rebeldes que caían como una lluvia de oro sobre la blanca nuca.

Podía hacerla cabalgar en sus rodillas, como una niña traviesa, desternillándose de risa. Y como era su marido, podía besar sus hombros y la carneita tierna del cuello.

Si ella no le permitía que la besase en la boca, él bien sabía que lo hacía simplemente para que no le quitase el rojo de los labios. Bueno, si fuéramos a fijarnos en esto, él también tenía sus rarezas. Por ejemplo, él no había querido que durmiesen juntos. ¡Oh! eso no. Cada uno en su habitación. De modo que la mujer

ta intermedia abierta podían charlar cuanto quisiesen y una sola lámpara de noche servía para ambos; pero dormir juntos, eso sí que no! El era un hombre de negocios; tenía sus preocupaciones y quería dormir tranquilo después de su abrumadores días de trabajo y... una mujer... es siempre una mujer...

Además — y esto no se lo había dicho a ella — le gustaba ronear a pierna suelta.

Cierto que él sufría las alternativas de sus negocios y había noche que volvía a su casita con un humor de todos los diablos; pero esto tenía su compensación en las veces que sus negocios marchaban viento en popa y hacía su entrada triunfal, cargado de cajitas de atún, salmón y pepinillos en salmuera.

Bueno, bueno; los negocios habían ido bien. Sentía correr la navaja con un ruido alegre por su carnosa mejilla, mientras pensaba en su casita y en su mujercita adorada que estaría entreteniendo sus ojos con la gatita de Angora, blanca como un copo de nieve.

— ¡Así que tiene usted una mujer muy hermosa? — le preguntó el peluquero con una sonrisa.

Los ojillos del señor Marín giraron vivamente y respondió furioso:

— No, no; es de mi esposa de quien hablaba.

— Por supuesto — replicó aquel — por supuesto.

Había tanta rabia contenida, en esas pocas palabras, que el señor Marín fijó sus ojillos despavoridos en el semblante pálido y desencajado del peluquero.

El salón estaba lleno de gente. Se oía un monótono ruido de tijeras y las luces relampagueaban en los espejos y había un penetrante olor a agua florida.

Miguel, el peluquero, pensaba en su mujer que era flaca y alta, con el cuerpo deformado por seis hijos esmirriados, que iba vestida con harapos y que encontraba siempre una oportunidad para enrostrarle la miseria en que vivían y el hambre que a veces sufrían sus hijos.

— ¡Por qué me habla en ese tono, Miguel?

años que me afeita y nunca le he oído hablar en ese tono. ¿Va usted a predicarme sus teorías destructoras? Ya sabe que no son sino tonterías. Pero... ¿por qué le tiemblan las manos? Para hacer felices a los demás hay que empezar por ser feliz...

—¿Usted... usted... dice que es feliz? — le interrumpió ahogándose el peluquero.

—Bueno bueno, mi amigo, ¿qué quiere decir eso? Yo no entiendo nada de nada. Qué-dese usted con sus ideas de igualdad... yo temo y vivo en paz con Dios, así que afeite... glub-glub...

No pudo terminar. Sintió como penetraba en su cuello la navaja fría y filosa y la sangre tibia le inundó. Una gran mancha roja se extendió sobre sus ojos y un resplandor azulado lo cegó.

Después le pareció oír gritar a mucha gente que estaba lejos, muy lejos. Y nada más.

Los diarios de la mañana traían esta noticia:

"En un ataque de demencia, un peluquero degolló ayer noche al conocido cerealista y corredor de Bolsa, Fernando Marín, mientras lo afeitaba.

El asesino se niega a declarar y cuando se le interroga repite invariablemente:

—Tengo seis hijos y vivimos todos en una pieza..."

Leónidas Barletta.

LA ARMÓNICA

Ocupa la tapa de este número de LOS PENSADORES uno de los buenos grabados en madera de José Arato. El mérito que encierran los trabajos de Arato está por encima de todo el elogio que nuestra admiración pudiera hacer sobre los mismos, desde que este arte es un arte de los elegidos solamente.

Sobre este artista, esquisito en el buril y en el pincel, ya nos hemos ocupado en números anteriores, pero bueno es machacar cuando una cosa es superior.

T. Antibes

Se ofrece para traducir cualquier trabajo literario o comercial del alemán. Dirigirse a esta revista.

SENSACIONES

EL DESPERTAR

Siento el chillido de la lucha discordante en que se escupan, cara a cara, mis sensaciones de letargia y la nota rítmica de mi vida.

El mecanismo orgánico, adormecido, se conmueve, se agita con espasmos.

Es como el golpear frenético de un taladro, rojo de energía, que quema la sangre, que quema la carne.

La bóveda hueca de mi cerebro medio apagado, gime lastimosamente. El sincronismo progresivo del pensamiento, aniquila la calma de mi reposo nocturno.

Se revuelven tenuemente, vagamente, los ímpetus del movimiento y de la idea.

Tengo las funciones complejas de la percepción, pero no pienso. Vivo y siento todo truncado, incongruente. En tropel, se agitan figuras deformes, cabalísticas, lanzadas en absurdas direcciones. Marcan paso de danza y cruzan los surcos laberínticos de mi cerebro, haciendo levantar millones de llagas, hinchidas de púrpura. Bullen hasta hacernos daño, las imágenes lascivamente raras de mis propósitos masculinos. Una ola de sangre las elimina, otra ola de sangre las impone.

Cada golpe mecánico, fngaz, me trae la sensación de menta en garganta de sediento.

Allí chocan diabólicamente la moral, mi espíritu, mi cultura, mi lógica y la fuerza imperativa, rara, paradójica de mi sexo en marcha. Allí se dan paso, en una conmoción apocalíptica mil y mil años de perfeccionamiento y mil y mil años de imposición hereditaria!

Un estremecimiento sensitivo me trae el vaho cargado que recogen mis cobijas en ocho horas de sueño.

El sol repica por entre el matorral de las casas y las chimeneas. Surge la luz! La vida! La acción!

Ahora pienso, existo, siento!

La alimaña del despertar se recoge en el líbido de mi subconciencia.

Se acaba la modorra!

Rechina toda la máquina de mi osamenta organizada. La vida en marcha, látigo en mano, me aguja la testa.

¡Veo!!!

Mis propósitos imperan de nuevo, como en la calle impera y corre y grita toda la muchedumbre que persigue el pan reconfortante. ¡De nuevo soy lo que soy!

Mario Luján.

París, Enero 1925.

LEA **LOS POETAS**

Argentinas www.anilra.com.ar

DE LA VIDA UNIVERSITARIA

Karaduras y tranquilos. Ignorantes y malos compañeros

por LISANDRO GRUNI

La Facultad de Ciencias Económicas, la más novel de las que constituyen la Universidad de Buenos Aires, no tiene claustros ansteros ni espectrales: sus aulas son aireadas y grandes. Se agita en ella un espíritu de rebeldía que la honra y destaca entre todas.

Quando hace dos años se reformó nuevamente el estatuto universitario con el solo propósito de limitar la participación estudiantil en el gobierno de las Facultades y dar amplio cauce a la reacción, fué la Facultad de Ciencias Económicas la única que afirmó su protesta contra ese atentado a la libertad y a los ideales de la reforma del 18, que conquistara con heroísmo la valiente juventud cordobesa, fortalecida con la solidaridad de las organizaciones obreras, el apoyo de los universitarios del resto del país y el aplauso de los estudiantes de las repúblicas vecinas.

Aunque eso sea halagador a los que en ella estudiamos, conociendo como conocemos las cosas y los hombres que actúan en nuestra Facultad, cumplimos un deber en hacer conocer quiénes son y qué hacen los que la forman. Somos, así, consecuentes con el principio de acercar la Universidad al pueblo.

REVERENDO KARADURA

Al doctor Francisco Melitón Álvarez ocurriósele aspirar al decanato de la Facultad. Tuvo en cuenta que si para presidente de la república basta ser ciudadano nativo, con igual criterio para decano no se necesita mucho más.

¿Sus títulos y aptitudes? Correntino, no del todo petizo y vicepresidente del Consejo Nacional de Educación.

Cincuenta melitonistas (los que había, ahora quedan pocos) publicaron un manifiesto ensalzando la figura ¡qué figura! del dispensador de empleos y solicitando el voto de los "compañeros". Era un nuevo Badesich, no cordobés, que es peor.

Su candidatura nació muerta. Pero, por una de esas circunstancias raras que a veces ocurren, en una asamblea de trasnochada resultó electo candidato a delegado al Consejo Superior Universitario y en las elecciones definitivas triunfó.

No bastándole ese puesto que le queda grande, se inscribió para optar una cátedra suplente. El jurado aprobó su trabajo reglamentario y sus lecciones orales.

Los estudiantes que conocen a Reverendo Karadura más que él a sí mismo, luego de afanosas búsquedas lograron comprobar que el susodicho trabajo era copia fiel de una mala tesis que presentara al doctorarse con la sola

diferencia de su título, y que las conferencias eran su tercera edición. Y en una sesión memorable del Consejo Directivo se hicieron públicas esas sensacionales revelaciones, quedando



do el prestigio de Reverendo Karadura a la altura de su estatura.

A pesar de esto, aún continúa usurpando el cargo de delegado este bendito señor que cierta vez tuvo la desfachatez de llamarse maestro de la juventud.

DON TRANQUILINO

¿Conocéis a esos profesores que dicen siempre lo mismo? Este era uno.

Desde que comenzó a dictar la cátedra de Contabilidad, año tras año, repetía las mismas tonterías de siempre.

No queriendo reconocer las "brillantes" condiciones de Don Tranquilino, los estudiantes iniciaron una campaña para que renunciara y consiguieron mucho más: que el Consejo Directivo lo exonerara por incapacidad comprobada.

Y Don Tranquilino se fué con mucha tristeza, pues le faltaba poco para jubilarse.

Lega a la posteridad las siguientes obras: "Apuntes de Contabilidad Administrativa y Judicial" (300 páginas conteniendo los más grandes desatinos y las más perogrullescas definiciones) y un folleto con una conferencia sobre "Contabilidad Patrimonial" pronunciada ¡asómbrense! en el Centro Correntino. De seguro que su comprovinciano y compañero de desdichas, Reverendo Karadura, estaba en la primera fila. Según propia confesión, tardó seis meses para pensarla, un año para hacerla y tres para conseguir el salón.

JORGITO

Pocas cosas se salvan en la Facultad después de un análisis severo. Y entre las que se van al fondo sin salvación posible está la cátedra de Jorgito Cabral: "Historia del Comercio". En rigor debiera llamarse "Historia del Arte". Sus clases se ven muy concurridas, pues son interesantes, instructivas y no del todo inútiles. Lástima que no encuadre dentro de la orientación de los estudios de la casa.

Pero si la materia es innecesaria él se ha hecho imprescindible. No hay mesa examinadora de la que no forme parte. Y en algunas, justo es decirlo, cumplió a conciencia su papel de suplente-falta, demostrando mayores conocimientos que el titular de la materia. En país de ciegos...

FUENTES DE IGNORANCIA

Ricardo J. Davel, diputado e hijo del país, dicta Fuentes de Riqueza Nacional. Como sabe que no hace mucha falta, falta mucho.

Aprobar esta materia es cosa fácil. Basta repetir las barbaridades oídas en clase y cantar loas a las ignoradas riquezas mineras del país. Los que no concurren a escuchar sus lecciones, estudian en uno de esos libritos que Cabaut vende a treinta centavos. Como una ironía, el programa de Fuentes de Riqueza contiene la más frondosa bibliografía.

Para bien de todos seguirá el mismo camino que Don Tranquilino, sin que lo salven sus inmunidades parlamentarias.

PERO HAY UNA MELENA...

Alfredo L. Palacios tiene a su cargo la cátedra "Legislación del Trabajo". Es uno de los pocos buenos profesores.

Su actitud en la elección del anterior decano, cuya candidatura él proclamó para derrotar al de los estudiantes, que era un socialista de valía, le hizo perder gran parte del ascendiente que tenía entre los estudiantes, pues entre un conservador y un ex compañero de partido y de ideas, prefirió al primero.

la juventud ibero-americana, para contrarrestar la reacción imperialista que surge en América. Esto lo salva.

Dr. Palacios, un consejo: Persista en la obra que realizó en su juventud. No mire la vida desde la torre de marfil. Mézclese en el tumulto ciudadano y comparta sus inquietudes y esperanzas. Sea el líder de la causa estudiantil, como otrora lo fuera de la causa del pueblo.

SEMINARIO

En todos los discursos oficiales se llena de desmedidos elogios la obra del seminario. Sabemos que su misión es importantísima y su finalidad muy plausible; pero, tal como está hoy, no sirve. Es un simple refugio de unos cuantos doctorcitos y de aspirantes a serlo.

¿Se creará, acaso, que basta con el llamado "boletín bibliográfico" y alguna mala traducción de cualquier libro? No seamos ingenuos.

Convengamos que si no falta buena voluntad, escasea capacidad.

LOS ESTUDIANTES

Divididos en agrupaciones de distintas tendencias, malgastan sus valiosas energías en reprobables luchas internas. A veces, realizan la labor silenciosa de todos los días en cordial y franca camaradería, pero en seguida surgen las asperezas. En épocas electorales los ánimos se acaloran y se producen gresecas descomunales, de palabra solamente.

Son varios los partidos. Uno, el de la izquierda, está formado por socialistas, comunistas y algunos líricos anarquistas. Es el único que contempla acertadamente los problemas del presente. Los demás responden a personalismos o a criterios localistas extremos, cuando no son marcadamente anti-reformistas.

Hay varias muchachas. Ellas ponen una nota de encanto y de belleza (aunque no son muy bellas que digamos) en los corredores y aulas.

CONCLUSION

Podríamos agregar el concepto que tenemos de los demás profesores, pero bastan los ya mencionados: son profesores símbolos, cada uno de ellos representa a varios.

Buenos, mediocres, malos, de todo hay en la fauna universitaria. Precisamente, la labor más urgente y delicada es eliminar a los malos y enmendar a los mediocres. En eso se está.

Para neutralizar la acción reaccionaria que viene de arriba y que acomete reciamente con las conquistas estudiantiles cercenándolas, y para salvar los principios fundamentales de la reforma, es necesario reavivar el espíritu de lucha de los organismos estudiantiles, llevando a ellos el aporte de todos los universitarios del país.

A trabajar, pues.

DECADENCIA DEL ESTADO

por el Dr. JUAN LAZARTE

Los pueblos marchan. Múltiples objetivos van cumpliendo en cada etapa recorrida. Ayer era la liberación de la servidumbre legal, una orientación positiva, hoy es la abolición del Estado, señor, rey y propietario, lo que impulsa a las muchedumbres, en una labor cotidiana destructiva y organizadora. No es posible pensar que la organización por el Estado haya sido forma eterna, en las interrelaciones humanas. Más exacto es creerlo como una institución aparecida en un momento reciente, vitalizada por el tiempo y la época: un aspecto de la organización societaria en un momento dado de la evolución histórica...

Vamos cambiando el concepto que tenemos de la Historia. Cada día va ampliándose más. Deseubriéndose nuevos rumbos nacen interpretaciones nuevas cuyos resultados admiramos y trascienden por su consecuencia y contenido.

Spengler (anteriormente Meyer) en Germania, derrumba con su famosísima "Decadencia de Occidente", ese criterio lineal e ininterrumpido que teníamos de la historia (con el cual no dábamos una excesiva importancia) que colocaba a todos los pueblos en masa, juntos, así como a sus culturas, haciendo unas continuación de otras. Para el filósofo alemán no hay una sola cultura sino varias con ciclos cerrados y diferentes, con los atributos orgánicos de nacimiento, crecimiento o desarrollo y decadencia. Deduciendo de ello nuestra decadencia.

Muchos años antes de Spengler, al comenzar el siglo, Kropotkin en una de sus maravillosas conferencias sobre el Estado, sentaba la misma tesis, aunque sin la consistencia demostrativa y la enormidad de material que encierran los dos tomos de la obra spengleriana.

"La historia, dice el pensador ruso, no ha sido una evolución ininterrumpida. Repetidas veces la evolución se ha detenido en tal o cual región para recomenzar de nuevo."

"Egipto, Asia, las costas del mediterráneo, la Europa central, han sido alternativamente, teatro de la acción progresista de la Historia. Pero cada vez esta evolución ha comenzado, desde el primer instante por la fase de la tribu primitiva, para pasar en seguida por las comunas de aldea, después por la ciudad y morir finalmente en la fase de Estado."

"En Egipto la civilización se inicia por la tribu primitiva. Llega a la comuna de aldea, más tarde entra en el período de las ciudades libres; después entra en la fase del Estado, el cual al cabo de una época floreciente, acarrea la muerte."

"La evolución empieza de nuevo en Asia, en Persia, en Palestina. Atraviesa las mismas fa-

ses: la tribu, la comuna de aldea, la ciudad libre, el Estado todo poderoso, la muerte!"

"Una nueva civilización tiene lugar entonces en Grecia. Siempre con la tribu comienza. Lentamente llega a la comuna de aldea y luego a las ciudades republicanas. En esas ciudades la civilización llega a sus más altas cumbres. Pero el oriente le trae su hálito corrompido, sus tradiciones de despotismo. Las guerras y las conquistas crean el imperio de Alejandro de Macedonia."

"El Estado se entroniza, se fortalece, y destruye la civilización y entonces, la muerte."

"Roma recomienza la obra de civilización. Es también la tribu primitiva la que notamos en sus orígenes; luego la comuna de aldea, después la ciudad. En esta fase ella llega al apogeo de su civilización. Pero vienen el Estado, el imperio, y entonces la muerte."

"Sobre las ruinas del imperio romano las tribus célticas, germánicas, eslavas, escandinavas inician de nuevo la civilización. Lentamente la tribu primitiva elabora sus instituciones para llegar a la comuna de aldea. Detienen en esta fase hasta el siglo XII. Entonces surge la ciudad republicana, y esta acarrea la eclosión del espíritu humano que se manifiesta en los momentos de la arquitectura, el glorioso desarrollo de las artes, los descubrimientos que sientan las bases de las ciencias naturales... Pero en seguida llega el Estado..."

¿La muerte?"

Por contraposición a libertad, el Estado es la forma esencial de decadencia manifestada en todas las culturas. Obedece a un proceso interno de las sociedades. Es la hipertrofia del autoritarismo y la disminución de la libertad individual.

Los dioses se han ido. Pero el Dios bíblico, ha sido reemplazado por el Estado, con su cortejo innumerable de sacerdotes, de leyes, que todo lo limitan, tuercen y matan.

Los americanos hemos transplantado de gajo, la cultura occidental, copiando todas las instituciones de pueblos que obedecen a modalidades y costumbres distintas. Nos va pasando como a los bárbaros que trataron de asimilar "la cultura romana. Se quedaron con la fuerza de la decadencia y se produjeron la actual Europa que fué por su condición original de bárbaros y no por cuanto asimilaban del imperio caduco y finido."

Somos occidentales por mentalidad y cuanto a esa civilización se refiera nos toca. Posiblemente si la centralización sigue como hasta ahora, la libre iniciativa, la libre asociación de los pueblos, va a morir. Con lo cual todo

progreso se hace imposible y todo cambio queda impedido.

Las guerras provocadas por los Estados van a repetirse, más violentas y feroces que la última, porque los pueblos no pueden defenderse de sus dominadores, si depositan y renuncian a su poder y fuerza en cualquier organización Estatal. Cada día el Estado adquiere nuevas funciones. Se hace propietario de tierras, fábricas, industrias, deviene comerciante, industrial, vigilante, médico, obrero, educador, consejero, etc. etc. y todo cuanto toca pierde la facultad virgen del cambio, desarrollo y progreso; los hombres bajo su mando no son hombres sino funcionarios, máquinas, y parte de máquinas, tornillos sin importancia y en todo sentido autómatas con necesidades materiales y casi necesidades espirituales. El Estado es todo o tiende a todo.

Con el nacimiento de un Estado proletario centralizador, unitario y tiránico, el estatismo llega al punto culminante, del proceso que le dió origen. No puede pasar más allá. Su complejidad es tal que no puede ser concebida por el hombre, y la inmensa máquina llega al límite del desarrollo, para morir a su vez y desaparecer. Esta desaparición, para algunos, es inevitable, se desarrollará por la fuerza de las cosas, por evolución.

Para nosotros el Estado desaparecerá, no por sí solo, sino por la acción consciente y revolucionaria de las masas, cuya evolución espiritual habrá llegado al término de concebir la vida sin coerción obligada y violenta. El mundo está en decadencia. Efectivamente, lo que está en decadencia es la sociedad burguesa. El capitalismo sigue en su crisis; el parlamentarismo ha sido superado; la democracia muere por todas partes y comienzan a hablar los hombres de los valores que van a reemplazar, cuantos se pierdan. La civilización Occidental semejante a las de Roma y Grecia por algunos aspectos, es profundamente diferente por otros y en su esencia y porvenir incomparables. Más incomparable es todavía si hablamos de lo más occidental: de América.

Las viejas culturas se tradujeron en civilizaciones y luego sucumbieron, porque no tuvieron la energía vital necesaria, para superar el Estado, ni el concepto amplio de libertad, patrimonio exclusivamente nuestro.

En ningún cielo de civilización las luchas por la emancipación fueron tan extensas, profundas y significativas como en esta época. El soplo de los movimientos revolucionarios provocado por el espíritu occidental, no solo amenaza proyectar hacia un futuro infinito el progreso, adelanto y bien estar de sus pueblos, sino que tiene la virtud de remover los restos de las viejas culturas del Asia, que caducas y corrompidas por la esclavitud de 30 siglos resucitan al contacto maravilloso de las ideas de libertad. Se incorporan también las nacientes aspiraciones de los pueblos del África,

considerados hasta hoy injustamente inferiores por ser distintos.

El paso final hacia la decadencia no será dado.

La desaparición de Estado a más o menos corto tiempo figura en los programas no solo de los anarquistas, sino también de los partidos colaboracionistas de izquierda.

Cuando nació, en el siglo X la lucha por él era mundial. Hoy la lucha contra él es también mundial.

El Estado es el obstáculo más formidable, interpuesto en el camino de la liberación de los pueblos. Mientras no caiga y desaparezca todo progreso será ingrato, todo adelanto o invento tendrá como anverso una maldición.

Frente a la doble amenaza de decadencia y degeneración, los pueblos no pueden vacilar. Solo el camino de la revolución les ha de conducir a cuanto es libertad y vida.

El Estado ha sido superado por la vida y la libertad.

Juan Lazarte.

TANGARUPA

(Cuentos)

por ENRIQUE M. AMORIN

Vagabundos, quitanderas, parias, mujeres machorras, contrabandistas, curanderas y guachos, pasan, con su dolor campesino, por las páginas de

TANGARUPA

en aguafuertes de trazos habilísimos.

VI volumen de "Los Nuevos"

La biblioteca "Los Nuevos", de la Editorial Claridad, publicará este trabajo de Amorin, el cual debe usted leer.

TANGARUPA

de Amorin, es una obra de corte realista, llena de novedad y de sorpresa, tanto por la técnica empleada en su composición, como por el asunto novedoso y original.

En el sexto volumen de los que dará a publicidad la biblioteca "Los Nuevos", hallará el lector un aspecto desconocido de la vida campesina. Original en su fondo y forma, es la serie de relatos que aparecerán bajo el título de Tangarupá, por Enrique M. Amorin.

TANGARUPA

seguido de: El pájaro negro, Los explotadores de pantanos y Las últimas quitanderas. Un nuevo aspecto y personajes desconocidos de la vida campesina.

TANGARUPA

Se pondrá en venta en la primera quincena del mes de julio.



LAS AVENTURAS DE CONAN DOYLE RELATADAS POR EL MISMO

(continuación)

El verdadero Sherlock Holmes

Traducción especial para LOS PENSADORES

En el tiempo de mi preparación para la medicina en Edimbourg, la Universidad de esta ciudad contaba entre sus profesores a hombres bien notables. Pero de todos los personajes que tuve ocasión de conocer, no conocí a ninguno que despertara más mi curiosidad que José Bell, cirujano del hospital de Edimbourg. Bell se imponía igualmente tanto en lo físico como en lo moral. Débil, seco y nervioso, de nariz poderosa, cara aguda, los ojos penetrantes y grises, sus espaldas angulosas; caminaba sacudiéndose, y hablaba con una voz fuerte y discordante. Pese a ser hábil operador, excedíase sobre todo en los diagnósticos, no solamente de la enfermedad, sino hasta de la profesión y del carácter. Me distinguió, sin que jamás haya sabido comprender porqué, entre el gran número de estudiantes que frecuentaban sus salas; y me empleaba para sus enfermos de paso, lo que equivale decir que yo debía tomarles su filiación, anotar sumariamente el caso, luego introducirlos, uno a uno, en la habitación donde estaba el profesor, rodeado de sus internos y de sus discípulos. Así pude cómodamente estudiar sus métodos y darme cuenta de que su mirada penetrante le decía mucho más del enfermo de lo que yo había aprendido con mi cuestionario. Si es cierto cometía algunos errores, obtenía casi siempre resultados sorprendentes. Voy a citar ese ejemplo, que es de los más característicos:

—Viejo soldado, no es cierto, mi amigo? díjole un día a uno de sus visitantes. —Si, señor. —Librado desde hace poco? —Si, señor. —Del regimiento de highlanders? —Si, señor. Suboficial? —Si, señor. De guarnición en las Barbadas? —Si, señor.

—Este hombre, señores, nos explicó en seguida, no concibe que nos falta al respeto, aunque ha guardado el sombrero en su cabeza: en el ejército nadie se descubre, es un uso civil

el cual habría seguido si hubiese dejado el servicio mucho tiempo atrás. Tiene el aire autoritario, y es manifiestamente escocés. Lo que me hace atinar en las Barbadas, es su *éléphantiasis*, que es una enfermedad de las Indias Occidentales y nunca de Inglaterra.

A todos los Watson que formaban su auditorio, lo que les había parecido miraculoso antes de esta explicación, tornóse al momento bastante simple. No es de extrañar pues que, habiendo visto de cerca un hombre semejante, me haya aprovechado de su sistema, ampliándolo, cuando he ensayado de crear un detective científico que resolviera las cuestiones por sus propios medios, y nunca gracias a las locuras del criminal. Bell, después de todo, tomó un vivo interés para mis historias policíacas; hasta me hizo sugerencias que, debo confesarlo, no eran nada prácticas.

Nacimiento de Sherlock Holmes y de Watson.

Estaba yo casado hacía ya un año poco más o menos cuando acabé por convencerme de que podría continuar toda la vida escribiendo novelas sin que por eso avanzara un paso en la carrera de las letras. Me sentía maduro para crear alguna cosa más nueva, más sólida. Gaborian me gustaba bastante por sus limpias maneras de garrapatear un drama, y M. Dupin, el magistral policía de Edgard Poe, era uno de mis héroes favoritos desde mi infancia. Sabría yo, a las creaciones de esos dos autores, añadir la mía? Soñaba con viejo profesor José Bell, con su cara de águila, con sus bizarros procedimientos, sus fantásticas maneras de observar los detalles. Como detective, ciertamente habría buscado el acercamiento de una ciencia exacta con el medio cautivante que poseía él por instinto. Debía yo tratar de conseguirlo. Lo que era posible en la vida, porque no podría hacerlo posible en la ficción?

No es bastante el prestarle a un hombre todos los recursos de la inteligencia, el lector quiere también ejemplos. La idea me puso alegre. Pero cómo llamar a mi héroe? Repugnábame este arte elemental, que hace del nombre un signo moral de la naturaleza, y que inventa a M. Lematois o un M. Lefuret. Entonces nació en mi espíritu el nombre y el personaje de Holmes, que volvióse Sherlock Holmes. Siéndole imposible narrar él mismo sus propias aventuras, debía haber un compañero, bastante inteligente para servirle de sacapuntas, instruido, hombre de acción, capaz, a la vez, de asistir a todas sus empresas y de narrarlas. Para este hombre sin brillo era necesario un nombre tranquilo y neutro: Watson serviría para el caso. Así que ya tenía mis dos protagonistas. Entonces escribí un

Crimen extraño.

Cómo ese libro obtuvo algún suceso en América, fui informado que Stoddart, agente de la casa Lippincott, encontrándose en Londres, deseaba verme y tratar conmigo para que le escribiera un libro. Me guardé bien de faltar a la cita.

Stoddart hizo en mí la impresión de un hombre excelente. Tenía a comer otros dos convidados: Gill, un Irlandés muy espiritual, miembro del Parlamento, y Oscar Wilde, ya famoso como campeón del esteticismo. Pasé una tarde encantadora. Con gran sorpresa mía, Wilde había leído mi novela histórica *Micah Clarke*, de la que me habló con entusiasmo, de manera que yo no me sentía extraño delante suyo. Su conversación dejóme un recuerdo imborrable. Desde tan alto como nos dominaba, tenía gran arte por parecer interesarse a todo lo que nosotros hablábamos. El resultado de la comida fue que Wilde y yo nos comprometimos a escribir, cada uno por su lado, un libro para *Lippincott's Magazine*. Wilde le dió *El Retrato de Dorian Gray*, obra que alcanzó un plano moral muy elevado; en cuanto a mí, publiqué yo mismo *La Marca de los Cuatro*, en la que Sherlock Holmes hacía su segunda aparición.

Sherlock muerto... y resucitado.

En aquella época comenzaron aparecer algunos magazines, entre los cuales se señalaba el *Straud*, dirigido, como lo es hoy aún, por Greenhough Smith. Hojeando esas diversas colecciones de historia fraccionada, soñé en que un mismo personaje paseado al través de una serie de novelas, si llegaba a captarse la atención del lector, lo encadenaría a su magazine. Por otra parte, me pareció que el folletín ordinario era, para un magazine, menos que una ayuda una molestia, puesto que tarde o temprano dejaba uno pasar un número y después de ello había ya perdido todo interés. El compromiso perfecto, era el de un personaje que andara recontrándose en cada folletín y en

que esos folletines se bastaran cada uno a sí mismos, con la certeza de que el lector ansiaría saborear la totalidad del magazine. Creo que fui el primero en concebir esta idea, y el *Straud* a realizarla.

Trabajaba yo mucho. Mis novelas obtuvieron un suceso honesto, nada más. Lo que el lector me pedía, eran historias de Sherlock Holmes; y me aplicaba de tiempo en tiempo a dárselas. Cuando por fin hube ya escrito dos series, sentí el peligro de que se me obligara: bien pronto no se vería más en mi obra que lo que me parecía de menos reales. Para imponer bien mi voluntad, tomé la determinación de concluir con mi héroe. Fue entonces cuando, encontrándome en Suiza en viaje de placer, fui con mi esposa a admirar la catarata de Reichenbach. Me pareció que ese horrible sitio podría servir dignamente de sepultura a mi pobre Sherlock, aunque tuviera que enterrar junto con él mi crédito bancario. Lo tendí pues, bien decidido a olvidarlo, y el hecho fue que allí quedó por varios años. Pero el suceso, suscitó una emoción que me sorprendió. El hombre, dicen, nunca es tan apreciado como después de su muerte: por las protestas que me llegaron de todas partes con mi sumaria ejecución de Holmes, sufre la cantidad de amigos que tenía. "Bruto!" me llamaba una señora en el encabezamiento de una carta que me mandó llena de reproches, de donde deduzco que ella no me hablaba por sí sola. Se me aseguró que muchos de mis lectores derramaban lágrimas. Todo esto, creo, no me habría conmovido nada; si yo fui acertado, fue simplemente por la ocasión que se me presentaba de abrir a mi imaginación un nuevo curso, pues la tentación de grandes precios era demasiado elevada para que mi pensamiento se desembarazara con facilidad de Holmes.

La prueba es que a los ojos de mucha gente Sherlock Holmes era algo más que un mito, puesto que me llegaban gran cantidad de cartas a su nombre, rogando que lo hiciera continuar. Watson recibió también por su parte buen número de ellas, en las que le pedían la dirección y un autógrafo de su genial colega; hasta una agencia de publicidad le escribió solicitándole un abonamiento de Holmes. El día que Holmes tomó su retiro, varias viejas señoras le ofrecieron su casa; una de ellas, con el fin de atraerse sus simpatías, afirmaba que entendía mejor que nadie la cría de avejas y que se veía forzada de "aislar la reina". Se me hicieron para Holmes proposiciones de consideración en el caso de que él se dignase examinar y resolver ciertos misterios de familia. Una vez, se me solicitó personalmente para que fuera a Polonia, con las condiciones que quisiera fijar. Tuve bastante discernimiento para declinar la invitación.

Las cualidades del personaje son las mismas que las del autor?

A veces, me he preguntado, si en efecto poseía yo mismo las facultades con las cuales

he dotado a Holmes, o si no era más que un simple Watson espectador. Bien entendido, ya se que, el planteamiento de un problema tan positivo, es ocupación insólita tratar de resolverlo con los antecedentes que a mi mismo me han apasionado; pero yo no me forjo, a ese respecto, ninguna ilusión. Pero, a parte de ello, no sabría uno extraer de lo más íntimo de su ser a todo un carácter, desarrollarlo, darle vida verdadera, si no llevaba en sí algunas posibilidades de ese carácter; confesión peligrosa en un hombre que ha creado tantos bandidos... En mi poema *La Cámara Interna*, describí nuestra personalidad múltiple, hablo de esas figuras "a penas distintas, severas o ridículas, figuras de salvajes o de santos, que aparecen dentro de nosotros y se desvanecen". Así también puede hallarse aquella de un astuto detective. Mas para que yo la vuelva a encontrar en la vida real, es necesario primero inhibir todas las demás y crearle un estado de espíritu en el que esa sola tenga cabida; entonces podrá darme algún resultado. Y es así como resolví por los métodos de Holmes varios problemas que habían desconcertado a la policía.

Ciertas historias poseen el don de suscitar interrogaciones que me han llegado periódicamente de todas las partes del globo. En la *Escuela del Priorato*, Holmes hace uno de estos descubrimientos incidentales que le son familiares: pretende que con mirar las huellas de una bicicleta en la tierra húmeda, puede adivinarse la dirección en que caminaba la bicicleta. Tuve que sufrir acerca de esto tantas amonestaciones, desde la compasiva hasta la encolerizada, que apelé al testimonio de mi bicicleta. Habíame parecido que la manera en que la huella de la rueda de atrás de superponía a la de delante, cuando la máquina no camina del todo en línea recta, debía indicar la dirección seguida. Pude constatar que estaba en un error y que mis corresponsales tenían razón, puesto que las huellas de las ruedas se superponían de idéntica manera, no importa en que dirección caminara la bicicleta. La verdad, por otra parte, era simplemente que, sobre la tierra accidentada de un erial, las ruedas dejan una marca más profunda en la subida y más superficial en la bajada, lo que justificaba en definitiva el descubrimiento de Holmes.

He llegado hasta temas peligrosos, con el consiguiente riesgo, por haber avanzado a la ligera en países desconocidos. Siendo así que, el poco interés que he tenido siempre para las carreras de caballos no impidió sin embargo de escribir *Silver Blase*, donde el misterio descansa sobre las leyes del entrenamiento y de la carrera. La historia es perfecta. Holmes se muestra lo más aventajado, pero mi ignorancia clama al cielo. He en un diario de sport una excelente y muy severa crítica de mi novela. El autor, sabiendo bien de lo que hablaba, demostraba las penalidades en que hubieran incurrido mis personajes de haber obra-

do tal cual yo les hacía accionar: una mitad hubiera ido a parar a la cárcel, la otra desterrada para siempre del turf...

Sherlock Holmes, héroe de Teatro.

Tal vez la creencia de que Holmes es un individuo de carne y hueso se habrá robustecido entre el público por su frecuente aparición en los escenarios. Cuando huí retirado mi drama *Rodney Stone* de un teatro que arrendé por seis meses, formé un proyecto audaz, pues es la ruina un teatro reducido al paro. Me encerré en mi casa para consagrarme por entero a escribir un drama "sensacional" sobre Sherlock Holmes. Lo escribí en una semana y le puse por nombre *La Banda mosqueada*, el mismo título de la novela de la cual saqué el material. No creo exagerar diciendo que, quince días después de representar mi primera obra, hacía anunciar una segunda, que escribí en aquel intervalo. El éxito fué esta vez enorme. Es así como dispuse de una obra que debía guardar un valor permanente. Ella pasó efectivamente al repertorio. Continúan aún representándola en tournées.

Poseíamos, para el rol que daba su nombre a la obra, una magnífica boa que era mi orgullo; y puede concebirse el disgusto que me causó el artículo denigrante de ese crítico cuya conclusión era, en propios términos, que "la peripecia producía una serpiente visiblemente mecánica". No se como me contuve de ofrecerle una buena cantidad si la aceptaba en su cama. Cambiamos varias veces de serpiente en el transcurso de las representaciones, pero ninguna era comediante de nacimiento; todas tenían sus defectos, sea dejarse caer del agujero a lo largo de la muralla, cual inertes sogas de campana, sea el de meterse detrás del telón, o el de revolverse contra el tramoyista que le pellizcaba la cola para enseñarla a vivir. Concluimos por utilizar — efectivamente — esrpientes artificiales, lo que fué del agrado de todo el mundo, incluso del tramoyista.

Esta pieza de Sherlock Holmes era la segunda, y tenía que hablar antes de la primera, escrita algunos años antes, en época de la guerra sudafricana. Este drama tenía por autor William Gillette, gran comediante de América, y que desempeñaba el papel maravillosamente. Desde luego que se aprovechó de mis personajes y, en cierto modo, de mis ideas, Gillette hizo me participar de alguna utilidad en la empresa, que fué bastante provechosa. "¿Puedo casar a Holmes?" me cablegrafió un día, durante las congojas de la composición. "Puede usted casarlo, matarlo, hacer de él lo que le plazca", le respondí cordialmente. Quedé encantado a la vez de la pieza, de su interpretación y de los resultados pecuniarios obtenidos. Cualquiera hombre teniendo una gota de sangre "artista" en sus venas convendrá sin duda que esta última consideración, tan agradable que hubiera sido en su hora, es la última que vale.

Mientras trato este capítulo, debo dejar

EL PUEBLO: EN EL PAÍS DONDE NO HAY CLASES

—... Una sencilla comparación para demostrar lo que es el pueblo ante el Estado, en una república. La república es una gigantesca administración, de quien el primer mandatario es el administrador principal. El pueblo la sostiene pecuniariamente, en forma de impuestos. En la república, el pueblo es el sostenedor y poseedor de todo; es el soberano. "Todo es de todos" no es utopía descabellada en un régimen republicano..."

El diputado X, orador político, como una excepción venturosa de su discurso, dijo esto en forma más o menos clara. Continuó su peroración con viriles frases cortantes, que más de una vez habían confundido a sus adversarios políticos.

Terminó, por fin, con floridas y sentimentales palabras. Nadie comprendió lo que dijo en su discurso.

Todos aplaudieron frenéticos, todos berrearón vítores al orador...

La república estaba de fiesta: tenía por huésped a una alta autoridad de otra república vecina. Los banquetes, "lunchs", bailes y veladas teatrales se sucedían.

El "pueblo" agasajaba entusiasmado al ilustre personaje...

Una noche aconteció algo inaudito, perverso, satánico. Durante un banquete que se celebraba en honor del visitante, oyóse de pronto un gran tumulto. Dos correctos lacayos forcejeaban inútilmente con un hombre mal vestido, que quería entrar por fuerza.

¿Qué sucedía?... Algo inaudito, perverso, satánico...

¡Un pobre, un miserable trabajador, preten-

constancia que en ninguna de las representaciones que se han hecho de Holmes, ninguno de los tipos de caracterización se parece a mi concepción primera del personaje. Yo lo veía "muy alto, de una talla que pasara de los seis pies, pero de una delgadez que lo alargara aún", como lo dice en *Un crimen extraño*. Tal como yo lo imaginaba, tenía una cara cual hoja de cuchillo, una nariz ganchuda de cuervo y sus dos pequeños ojos casi pegados. Sin embargo el artista encargado de la personificación del original, ese pobre Sidney Paget murió tan prematuramente, tenía un hermano más joven, llamado Walter, que le sirvió de modelo. La belleza de Walter substituyó a la fealdad más enérgica de Sherlock, y ese fue tal vez también el punto de vista de mis lectoras. El teatro no hizo otra cosa que conformarse con el tipo creado por el dibujante ilustrador.

(Continuará).

día tener derecho a participar del banquete!

Inútil fué cuanto le dijeron con buenas palabras, aquel hombre defendía a grandes voces lo que llamaba "su derecho".

Las mujeres temblaban de miedo, muchas desmayáronse. Por fin, un hombre de frac se acercó al obrero y, tomándolo por un brazo, lo arrastró hasta la puerta, uniéndolo a su acción fuertes epítetos. El obrero reconoció en él a X, el orador político.

Pronto se restableció la calma y los asistentes al banquete, pasado el gran susto, reían la "ocurrencia" del obrero.

—Después de todo, — decía entre el cacareo de su risa un moftetudo burgués, propietario de una gran fábrica de tejidos, que había temblado por su vida cuando apareció el obrero — después de todo, este acontecimiento subversivo tiene sus ribetes cómicos... ¿Han visto ustedes la cara, los gestos y actitudes con que acompañaba sus invocaciones?... ¿No era eso cómico?...

—¡Qué osadía arlequinesca la suya!... — dijo un pulero y delicado concejal.

—Sí, arlequinesca... — repitió otro fabricante, con la boca llena, a quien había resultado simpática la palabra.

Un senador calvo, dijo, con tonada y actitudes ciceroneas:

—Las autoridades debrían preocuparse más en mantener la tranquilidad pública. Acratas como el que hemos visto andan muchos por nuestras calles. ¡En nuestras calles pululan los libertarios; nuestras cárceles están vacías!...

—¡Muy bien!... ¡Apoyo!... — exclamó el diputado X, orador político, creyéndose en la Cámara.

Todos reían lo ocurrido, todos comentaban diversamente el acontecimiento.

Afuera, el obrero, con las esposas en las manos y recibiendo los empujones de un vigilante, protestaba aún:

—¡Si tengo derecho!... ¡Yo también he pagado!...

Marchóse ya el "ilustre huésped". La república gastó mucho. Necesita dinero.

El diputado X, orador político, habla en la Cámara. invoca el patriotismo de sus colegas. La patria necesita dinero.

Presenta un proyecto...

Un miembro opositor grita:

—¡Eso jamás se debe consentir!... ¡No lo toleraremos!... ¡Mediante ese proyecto el pueblo cargará con todo!... ¡Mi grupo votará en contra del proyecto del señor diputado X!...

Se vota. Es aprobado el proyecto del diputado X, orador político.

Armando Eneas.

Buenos Aires, mayo 1925.



LIBROS ESCOLARES



MI LIBRITO — Método ecléctico de lectura y escritura simultáneas — Por Delfina Piuma Schmid (maestra normal).

Si las artes culinarias han salido gananciosas con la pérdida de las mujeres que se han dedicado a la pedagogía, esta ciencia, en cambio, se ha visto empobrecida con el concurso femenino.

La señora Piuma Schmid es otra de las maestras que tienen el prurito de componer libros de texto, descuidando, claro está, la cocina y sus adyacencias.

Ocho años de práctica ha requerido esta maestra para componer *Mi librito* y otro diez y seis no hubieran mejorado su estructura, porque está visto que el que no sabe no sabe y... zapatero a tus zapatos.

Veamos lo que ella misma dice: —“Mi librito no avanza, en punto alguno, nada que exceda a lo posible para el común de las inteligencias infantiles y para un docente que sepa y quiera llenar su cometido.”

Ya tendremos ocasión de comprobar si esto es cierto. Abrimos el libro y nos hallamos con una muestra de como se debe tomar la lapicera. (Que sepamos, en primer grado, no se escribe, con tinta). Pero, es verdad, que este es un método ecléctico. Las lecturas son por demás interesantes y sugestivas. En la página 14 leemos:

“Mamá me ama”

“Ame a mamá”.

Y el dibujo representa un cuarto de baño. La mamá enjuga las narices de su niño y el padre, con una pipa en la mano, mira la escena enternecido. (Como se ve, hay una gran afinidad entre el dibujo y el texto). La señora Schmid es una moralista práctica. Ha dicho: “Mamá me ama”, y ha pensado: “El aseo y la limpieza dan a los niños belleza”. ¿Que cómo se representa el amor de una madre a su niño? Pues una madre sonando las narices de su pequeño. ¡Verdadero amor! ¡Santo amor!

La página 15 está compuesta de esta manera: Amo a... (aquí el dibujo de una bandera). Entonces: Amo a... bandera. Amo a... libro. Amo a... escuela.

Muy bien, muy bien; prosigamos. Para la señora Schmid los niños se llaman Dido, Mado, Mila, Morra, etc. Ahora bien, como la mayoría de los chicos de primer grado saben mejor que su maestra que sus hermanos y amigos se llaman Juan, Pedro, Luis, etc., si leen Dido piensan, y con razón, que se van de re-

ferir a un mono. Pero el mono en este libro es “simio”, acaso para mejor ilustrar la ignorancia del inocente alumno. Lo mismo ocurre con la botánica. La señora Schmid no enseña a deletrear las palabras, pepino, poroto, papa, puerro, etc., que son familiares a los oídos infantiles, ella se eleva, se eleva y... presenta una planta llamada *pita*, conocida también por agave o maguey o ixtle o benequén o jeniquen o lechuguilla. (Como se ve, muy al alcance de una criaturita de primer grado). Y no se nos tache de exagerados. Abrimos el libro en la página 22 y llamamos a una niña de ocho años (primero superior). —¿Qué dice aquí? — preguntamos. La niña lee: Olmo. Mira la figura, perpleja, y exclama: —¡Oh! a un árbol le dicen olmo.

¿Qué no dirá cuando vea a un hombre, de gorro con pluma y capa (Romeo) y a una dama con largo vestido de cola, (Julietta) que están cantando al parecer y lea esta misteriosa palabra: *Dño?* ¿Y qué no pensarán cuando lean: “La estola de seda”. “Ata el bote a la bita”? El mataburros dice: Bitas: dos pedazos de viga para asegurar el cable en las embarcaciones).

Aquí en “Mi librito”, la gramática ha sido vapuleada a gusto. “Yendo a Yapeyú por vapor”... “Un marinero de un buque que vino de Kiel con tanques de kerosene. dió a Quilino un kiosko y un kepi o quepis diminutos. Kepi, kilo, kiosko, éuskaro. (Hip... hip... hurraaa!! La pedagogía está salvada).

Sin embargo, debemos anotar una particularidad que distingue a *Mi librito* del resto de los libritos que el C. N. de E. ha aprobado: en este no hay vidalitas. Pero hay, en cambio, prosa futurista: “No seas como el buhonero que siente vahidos si ve al buho! (Piensa lector en tus pobres, inocentes, candorosos nenes que tienen que repetir estas imbecilidades).

Cuando la señora Schmid se encuentra frente a un pequeño problema gramatical, lo resuelve de este modo: EL azúcar es muy ALIMENTICIA. ¡Naturalmente, masculino y femenino, con Dios y con el diablo, total se trata de unas criaturitas de primero atrasado que lo único que entienden es que el azúcar o la azúcar es dulce y que se saca del almacén.

Con las señoras Juana Caso de Sedano Acosta y María C. Amico, Delfina Piuma Schmid hace un buen terceto. Tres maestras, todas tres autoras, convietas y confesas... (A ver, una patente de burro. Las dos primeras ya la tienen).



HAN RYNER

SEMBLANZA

El nombre y la obra de este maestro aún no han traspasado las fronteras de su patria ni el círculo de sus discípulos que le aman y le comprenden. Alrededor de su nombre y de su obra la Francia chauvinista ha levantado la conspiración del silencio. Y Han Ryner, sabio humilde y dulce, estoico amable, no puede recurrir a la violencia del escándalo para que le conozcan. No lo ha hecho en su juventud, menos lo hará ahora, a los sesenta y cuatro años, en esta época de serena madurez a la que ha llegado sin una sola claudicación, trabajando siempre, saturando su vida de amor, pensando y viviendo armoniosamente. La vida de Han Ryner es una vida ejemplar, es una vida heroica. La cultura francesa contemporánea tiene pocos hombres ejemplares, maestros de moral vivida, que pueden acercarse a este admirable individualista que ha hecho de la belleza y de la libertad los motivos esenciales de su arte educador. A veces, pensando en él y salvando las distancias, recordamos a ese grande y heroico corazón que se llamó Rafael Barret o a la cristiana figura de León Tolstoy.

De Barret tiene el sentido de la belleza y de la justicia, de Tolstoy la pasión por el amor y por la no violencia.

Para comprender bien la dirección de su espíritu oigámosle opinar de Descartes: "Fué un individualista intelectual, no fué decididamente un individualista moral. Su verdadera moral parece querer ser estoica. Pero él no osó nunca hacerla pública. Hizo conocer solo una "moral provisoria" en la que él se compromete a obedecer las leyes y las costumbres de su país, lo cual es lo contrario del individualismo. Parece, por otra parte, que en algunas circunstancias no tuvo, tampoco, valentía filosófica."

Esta valentía filosófica es lo que nosotros llamamos el sentido heroico de la vida. Es la que provoca el gesto antiguerrero de Romain Rolland y de Nicolai, es la que provoca la expulsión de Han Ryner de su cátedra, es la que lo conduce, en 1884, a Les Omérgues atacado por el cólera y abandonado cobardemente por los ricos y los burócratas. En esta ocasión, Han Ryner, puso a prueba su amor infinito y también su desprecio por la muerte, obedeciendo a su moral, al impulso de sus más hondos sentimientos.

El es un hombre libre. Su vida es tan simple y tan modesta como la de Diógenes. Lo

ra retratar su vida: "Bajo su elegancia negligente había un héroe... libró a sus discípulos de las creencias en los dioses o en Dios, que es el comienzo de la locura... su gran virtud fué la templanza. Distinguió entre las necesidades naturales y las necesidades artificiales, demostró que se necesitan bien pocas cosas para satisfacer el hambre y la sed, para defenderse del calor y del frío. Se independizó de todas las otras necesidades, es decir, de casi todos los deseos y de casi todas las creencias que esclavizan a los hombres..."

Digo que es un hombre libre dándole a esta expresión un sentido vivo e integral; libre intelectualmente y libre moralmente. Ni las necesidades falsas de la civilización ciudadana, ni la moral corriente, ni el ostracismo, ni el silencio del mundo oficial, nada ha sido lo suficientemente fuerte para domesticar a este estoico encañecido y vigoroso, pequeño y sonriente, cuyo rostro sereno y dulce es la imagen de la belleza armoniosa, de la filosofía que es más amor que lógica, más corazón que razonamiento.

De todo esto se deduce que el individualismo de Han Ryner no es el de la torre de marfil, ni el de la aristocracia culta. Jamás ha dejado de participar con su pluma, con su firma o su palabra a la causa de la justicia social. A menudo las tribunas del proletariado acogen su palabra serena y hermosa con entusiasmo afectuoso. ¡El buen viejo! Oyéndole, una tarde, hablar contra las ilusiones de la violencia sistemática como instrumento de libertad, afirmando que esa violencia conduce al Estado o al Militarismo, diciendo grandes verdades con un gesto natural y humilde, como conversador y no como orador, pensé en Sócrates, en Sócrates tal como él lo interpreta: "El no enseñó una verdad exterior a los que le escuchaban, pero les incitó a que encontrasen la verdad en ellos mismos. Murió condenado por las leyes y por los jueces, asesinado por la ciudad, mártir del individualismo."

Es un trabajador incansable; ha cultivado con igual maestría la novela, el drama, la crítica, el diálogo filosófico (parábolas) y la poesía. Toda su obra consta de dos decenas de volúmenes, más o menos. Especialmente notables son sus "Paraboles Cyniques", "Les Voyages de Psychodore" y "Le Père Diogène".

Luis Di Filippo.



Postales Parisienses

Ensalada rusa con Toño Salazar

por ARMANDO R. MARIBONA

El Théâtre du Vieux Colombier, antaño dedicado por Jacques Copeau a las obras de vanguardia, ahora bajo la dirección de Mr. Tedesco, presenta películas avanzadas, música moderna y como literatura se leen obras del teatro clásico, conferencias, etc.

Del Vieux Colombier, patrocinado por los dos grandes André—Gide y Suarés—ha salido en París el amor por Dostoyewsky y la literatura rusa en general...

“La Carroza del Santo Sacramento” de Próspero Mérimé; “La Celestina”, de Rojas; “La vida es sueño”, de Calderón de la Barca; fueron puestas en escena por primera vez en Francia, allí...

Pero no es de esto de lo que quiero hablar, sino de “Toño”, el gran “Toño”, a quien en compañía del substancial escritor León Pacheco, me encontré una noche en la puerta del Vieux Colombier.

—¿Cómo te va, “manito”?

Ya en 1925 es de veras una vergüenza para mí no haber dado a los lectores de LOS PEN-SADORES una información de este caricaturista, de quien casi todos los periódicos de Nuestra América ofrecen sus producciones de cuando en vez.

Cómo nos conocimos “Toño” y yo no viene al caso. Fué aquí en París después de sabernos existentes a través de los mares. Luego, en las comidas del Buró de la Prensa Latina; en los recibos tan exclusivos de Zaldumbide, el Ministro del Ecuador,—enviado de las letras hispanoamericanas de Luceia;—en las soirées musicales de Nin; en los “vernissages” de las exposiciones de los grandes; en las “premières” de los teatros de “avant garde”; en el café Napolitano (conocido en el argot de la época por el “Napo”, antiguo refugio de Bonafoux, Catulle Mendès, Jean Moréas, Fray

Candil, Rubén Darío, Ernest Lajeunesse... de los que no queda sino Gómez Carrillo) y en los bohémios Quartiers Latin y de Montparnasse, es encontrable este chiquillo inquieto, sentimental, profundo, alegre y funambulesco, que se llama apenas “Toño” Salazar.

Centro americano en primer lugar, afectivamente mexicano, racialmente latinoamericano y parisién por vocación y por fatalidad artística — ¡estaba escrito!

“Toño” no es “un” caricaturista, es “el” caricaturista latinoamericano. Cierta vez que iba a enviar a una exposición hispanoamericana, se decidió por los uruguayos a falta de grupo centroamericano. García Sanchiz, informado de que sucesivamente “Toño” Salazar era salvadoreño, nicaragüense y mexicano, etc., exclamó:

—¡Un día nos va a convencer de que es de la Patagonia!

En el próximo Salón de Humoristas de Madrid, “Toño” Salazar va a presentarse como cubano, y lo gracioso es que él lo hace siempre perfectamente convencido.

Cierta vez, en el Teatro Lírico de México, escuchaba Valle Inclán chistes de “Toño” en pugilato con el nicaragüense De la Selva, gran poeta bilingüe, afortunado en el juego, en el amor y en las letras...

Este decía a aquél:

¡Tú eres el “Pepito Arriola” de la caricatura hispanoamericana!

¡Y tú eres “El Soldado Desconocido”... en Europa!

Don Ramón, ceceando siempre y “jalándose” tres de los siete alambres de su barba, exclamó:

—Pero ¿zi uztedez zon andaluzes!...

Con lo que queda demostrado que “Toño” Salazar no es de ninguna parte. ¡Hay quien asegura que es de generación espontánea como los hongos! ¿De dónde sino el veneno de sus corrosivas caricaturas?

De Salomón de la Selva, a quien "Toño" tanto quiere y admira, cuenta frases de liciosas. Una vez mientras aquel escribía, "Toño", distraídamente jugaba con el tapete de la mesa y el bardo todo furioso le gritó:

—¡Deja quietas las enaguas a las musas!

"Toño" tiene una charla más movida y pintoresca aún que sus caricaturas. Según esté de sentimiento habla de Darío, cuenta de Alfonso Reyes deliciosas anécdotas, de Antonio Caso, Enrique González Martínez, de Miomandre, de Mac-Orland, de Gus Bofa, de sus correrías por Centro América y México, de Europa que la conoce casi toda. De Brujas se expresa con cálida frase de poeta.

Cuando llegó a México, "Toño" era un niño. En el café "Los Antojitos", donde venden cosas típicas de la cocina nacional, cierto día invitaba él. Comían platos y bebían cerveza. Pero la cuenta aumentó tanto que a "Toño" no alcanzaba su bolsa... y huyó.

Uno de los presentes era García Cabral, quien, al llegar, había abrazado a "Toño" con efusión:

—¡Hola, hermanito!

El criado que había oído la frase hizo llevar la cuenta a manos de García Cabral:

—Pero, ¿y esto qué es?

La cuenta de su hermanito!

Yo le pregunto a "Toño":

—¿García Cabral pagó?

—Quién, García Cabral repitió el saludo y pagó el tercer hermanito!

Colaboró en todos los periódicos de México. Pero entonces — tercera en la charla León Pacheco — le ocurrió lo que al niño aquel que cuenta Soiza Reilly, a quien su padre preguntaba en cada Navidad cuál juguete deseaba y el chico contestaba siempre: "¡un viaje a Europa, un viaje a Europa!". El Gobierno de su país lo mantuvo pensionado cierto tiempo, mas, "generales y doctores", la plaga de politicastros que sufre nuestra América, decidieron suspenderle la pensión al gran artista. Los portentos de economía política suprimen siempre el chocolate del loro para poder pagar la gasolina de sus automóviles oficiales!

En el tiempo que Salazar lleva recorriendo Europa no colecciona más etiquetas su baúl que impresiones de arte su espíritu. El turismo superficial no cuenta para este viajero escrutador de emociones y atormentador de imágenes. Narra como dibuja, exprimiendo un sentido profundo e impensado de sus observaciones. El alma de las cosas es descubierta por Salazar de un modo suyo que asombra, como si pudiese mirar desde un observatorio único reservado por Dios para descubrirlo él. Después que él ha hecho la caricatura de un personaje no hay más allá: intención, psicoanálisis, línea torturada, exageración y sintetismo hasta el extremo de perder toda noción de la caricatura, quedando

convertida en una "cosa rara" imprecisa y jamás vista.

Antes de hacer una exposición personal enviaba varios trabajos al Salón de l'Araignée, el más avanzado de París, reacción en contra del de Otoño y aún el de Independientes, que reúne la fuerza y la audacia de Van Dongen, la espiritualidad nítida y suave del japonés



Cómo vió Toño Salazar en Méjico a Don Ramón M.^a del Valle Inclán

Foujita, el trabiliarismo cínico de Picabia, el genio grotesco de Gus Bofa, el siempre sorprendente arte proteico de Pablo Picasso; las caricaturas de trapo de Marie Wasillieff, influencias de arte negro; la pintura fantástica de Pasein; el humorismo amargo de Chas Laborde; la escultura de Chazal, discípulo de Bakst, etc., etc.... Todo esto patrocinado por Gus Bofa y por Pierre Mac-Orland, el gran escritor humorista.

Prepara un libro de caricaturas "La figura fantasmagórica de Don Ramón del Valle Inclán". Desde cuando era niño, con batita, biberón, babero, pero sin faltarle sus barbitas blancas color de lino y sus espejuelos caligarescos, que inquietaban a los rapaces de Santiago de Compostela (Valle Inclán, según Gómez de la Serna, descende directamente del hijo de don Juan Manuel, pasando por el "Don

Juan" de las sonatas, su llegada a México, su amistad con la Mari-Huana de la Pipa de Kif, en donde aparecerán con el paisaje mexicano, Diego Rivera y Alfonso Reyes. Luego "Las Leyendas del Brazo": "cuando educando halcones el hambriento pájaro de un picotazo le arrancó un brazo", "cuando caminando en la pampa de Yucatán vió aparecerse un león y así salvó su vida..." El Valle Inclán con el



Anatole France visto por Toño Salazar

nido de golondrinas en la barba", el "Valle Inclán teólogo", el "Valle Inclán sosteniendo su propia cabeza entre las manos" y el "Valle Inclán con Barbey d'Aureville el Condestable de las letras". Todo esto con prólogo de Gómez Carrillo y Ventura García Calderón y epígrafes de Alfonso Reyes y Ramón Gómez de la Serna.

Prepara además otro libro que se va a llamar "Cocktail" que es una mezcla del París de "avant-garde": Jean Cocteau, Max Jacob, Picasso, Matisse, Picabia, Stravinsky, Heric Satié, Marie Laurensin, Ida Rubinstein, Jean Borlin, Jacques Copeau, Paul Poiret, etc., con una "boutade" de Picabia como prólogo.

La opinión de Salazar acerca de la caricatura universal es ésta: "Los caricaturistas más grandes de Francia son los que no tienen como profesión principal la caricatura: Co-

teau, el niño terrible más inteligente de París; caricaturas como las de George Auric, Bakst, Daighwillieu; los apuntes de la Condesa de Noailles, son caricaturas de ingenuidad y fuerza de comprensión abandonando los rasgos comunes a todo rostro humano y llevándolos a una extrema sencillez de dibujo; Van Dongen, el retratista mundano de París, a menudo publica apuntes que son maravillas de caricatura; Picasso asimismo atestigua su condición de caricaturista eximio igualmente, con los apuntes de André Saló y los de Apollinaire — verdaderas obras maestras del género, — sin olvidar las ilustraciones de "Manuscrito encontrado en un sombrero" de André Saló y el dibujo "La Salomé".

"En Europa indudablemente el caricaturista más grande sigue siendo Gulbrausson (noruego) y Bagaría que nos ha dado obras maravillosas.

"En América está el porvenir de la caricatura: maestros como Málaga Grenet, García Cabral lo atestiguan, y Miguel Covarrubias, que es una de las promesas más fuertes de la caricatura contemporánea".

Sigo siempre con cariño y admiración a Massaguer, a Sirio, a García Cabrera, a Blanco...

Para terminar transcribo algunas opiniones que sobre él han emitido escritores de renombre universal.

De Gómez Carrillo: "Cada vez que en algún estudio sobre los grandes caricaturistas contemporáneos leo los nombres de Willette, Forain, Sancha, Sem y Abel Faivre, agrego mentalmente: y Toño Salazar. Porque, para mí no hay ningún visionario de las deformaciones que sea más genial que este paisano mío".

De Francis de Miomandre: "La caricatura de Toño Salazar es una especie de danza en torno a la fisonomía humana, de danza asombrada de silfo genial, las manos llenas de caracteres sin veneno. Toño Salazar es un poeta que interpreta, riendo, los gestos de sus contemporáneos".

De Ventura García Calderón: "Las cejas abiertas en paréntesis, encierran dos puntos suspensivos: son los ojos de este mozo genial que está renovando la caricatura. Se hace dueño de un rostro y lo estruja como la efígie de goma de la feria. Extirpa un ojo, infla un carrillo, suprime la nariz o la suplanta por una flor... Y cuando ha acumulado todas las catástrofes en la pista del circo, el payaso-niño saca la cabeza miedosa por entre el aro de papel de plata, para jurarnos que no sabe nada".

Armando R. Maribona.

París, Febrero 1925.

Albert Dürer "ha sabido representarlo todo, por medio de simples líneas negras", dijo Erasmo, en una carta varias veces reproducida, al hablar de grabados sobre madera. Pero es sabido que Dürer, al mismo tiempo que dibuja para los xilógrafos, sus intérpretes, practica el grabado en cobre. Sus grabados en madera son infinitamente más numerosos que sus tallados en dulce, a los que sobrepasan de las tres cuartas partes, mostrando tal vez mucha más imaginación y amplitud, su calidad de arte, es decir la nobleza, la fuerza, la dulzura, la gracia, el sentimiento, vuelven hallarse como en los grabados en cobre, aunque estos últimos presentan la inestable ventaja de ser por completo hechas por propio mano de

BURILADOS Y

de ALBERT



El hijo pródigo

Dürer y de ser maravillas de la estampa. Rembrandt, que tuvo más libertad, de resonancia psicológica, que llevó al espíritu más lejos y más alto, no tuvo más recursos con su punzón que Dürer mismo. Planchas tales como *La Melancolía*, *Le Cheval de la Mort*, *Adam et Eve*, *Saint-Eustache*, tan conocidas, son verdaderos "chefs-d'oeuvre" que alcanzan por su valor artísticos a las más grandes obras de las regiones superiores donde se guardan.

M. Marcel Guyot ha podido reunir, no sin trabajo, ochenta y ocho burilados y aguas fuertes del maestro de Nuremberg, sobre 402. Esta reunión nos ha ofrecido ocasión para poder estudiar de cerca sus obras, a la vez tan llenas de seducción y extravagancias.

Dürer supo observar la vida y la naturaleza, hasta en los detalles más insignificantes; poseía el saber con la ingenuidad; fué una inteligencia aguda, una sensibilidad vivaz, un alma diestra. Con tales hombres, si la raza hubiese tenido continuidad, la Alemania no se hubiera vuelto una nación de presa como lo fué. La curiosidad de Dürer fué universal. Él mismo llevó a imprimir innumerables

religiosas (hay tres *Pasiones*, en sus obras, dos en madera de la que una tiene 37 planchas, y una tallada en cobre, con 16 planchas), motivos conocidos en su época, a los cuales pone por fondo paisajes admirables como también arquitecturas imponentes o pintorescas, con retratos (madera, camafcos o cobres), armas, alegorías, escenas vividas, sueños místicos, animales por los cuales lleva el estudio tan lejos que hasta rinden la humedad de los museos, la tiesura de la seda, la suave delicadeza de una pluma, y hasta anomalías y monstruosidades — pero ejecutadas con tal arte! — como ese puerco de seis patas que reproducimos.

Dürer ejecutó simultáneamente la pintura y el grabado, pero vivió más del último que de la primera. Sus grabados, en madera o burilados, se vendían en las ferias y en los mercados; ellos tenían una clientela popular y sus escasos provechos eran multiplicados. Por lo tanto fué él quien escribió: "Ya estoy cansado por igual de las clases altas como de las bajas." Es a veces la suerte del artista: su labor no se la tiene en la estima del trabajo de cualquier obrero y aún menos a su talento.

Sus burilados son casi siempre fechados, cuando no lo son, hay mucha dificultad para catalogarlas en la época de su ejecución. Hay quien cree, nada menos, que *Les Offres d'Amour* fueron de sus primeros burilados, por el año 1496, pero pueden ser anteriores: *L'Homme Sauvage*, los *Six Guerriers*, lo mismo *La Vierge au papillon*. Esas obras de sus comienzos demuestran alguna dureza; se presiente, al contemplarlas, sin embargo, que salieron de manos de un hombre que había sido orfebre y sabía cortar los metales.

La Madonna au Singe no está tampoco fechada y pertenece también a la época de sus comienzos, si se tiene en cuenta la data de la factura. La maravillosa acuarela que hizo el artista de la casa estrecha, con su cornisa saliente y su tejado puntiagudo, 'la *Weier Hans*, que se eleva sobre una especie de islote, pertenece al British Museum. *L'Enfant prodigue* sobresale tanto por la profusión de los puercos que se atropellan en un patio de cortijo, que por la expresión contricta del hijo dolorido y avejentado, arrodillado encima el estiércol. Marranos y pecadores, Dürer quiso ciertamente establecer un paralelo: las bestias son el símbolo de las faltas del fugitivo arrepentido. En el British existe también un dibujo de este curioso grabado. Ni el uno ni el otro están fechados, como tampoco el maravilloso *Saint-Eustache*, el más grande burilado de Dürer que, como buen grabador, se guardaba bien de ejecutarlos en formatos incómodos, salvo cuando concibió *La de Triomphe*

AGUAS-FUERTES

D Ü R E R

de Maximilien, estampas destinadas a la decoración mural, el *Saint-Eustache* debemos catalogarlo entre dos grandes obras de reputación. *Les Armes de la Mort*, del 1503, y *Adam et Eve*, del 1504. Pertenece pues a uno de estos dos años. Durero insertó en esa obra uno de los más bellos paisajes, con árboles de nudosos troncos y hasta con perros de caza, en todas las poses, como para hacer soñar a cualquier discípulo de San Humberto. El dibujo del castillo-fuerte está en el Louvre.

No podemos, ni siquiera lo soñamos, describir toda su obra. La perfección técnica se encuentra en *Adam et Eve*; la bizarría en el éxtasis *d'une jeune femme*; la bonhomía en la *Naissance du Christ*; la gracia en la *Vierge couronnée d'étoiles*; la grande alegoría en las *Armes de la Mort*, en *Le Chevalier* y en la *Mort et le Diable*; la alegoría difusa en la *Grande Fortune*, con su cara mofletuda y sus anchas caderas caídas (Durero tuvo muy raramente la concepción de la belleza femenina, y solamente después de su viaje a Venecia, por el año 1505); lo patético en *L'Homme de douleurs* y luego en la *Passion*; la intimidad pintoresca, en el *Saint Jérôme lisant*, del 1514; la estampa documentada, en *Le Canon*, agua fuerte de 1518, donde parece que dejó seducirse por los detalles de esta artillería; en fin, el misterio doloroso tiene su expresión en la célebre *Mélancolie*, que data del 1514.

No trataremos de buscar el sibnificado de esta obra hermética y espléndida. Muchos en ello perdieron sus latines. Nos basta señalar la emocionante ejecución de ese buril, por encima del cual no hay nada, y referiremos la apreciación de Odilon Redon, últimamente publicada, que, sintiendo él mismo el misterio, sabe como es difícil componetrarse del de otro:

"Esta adorable *mélancolie* — escribe él en

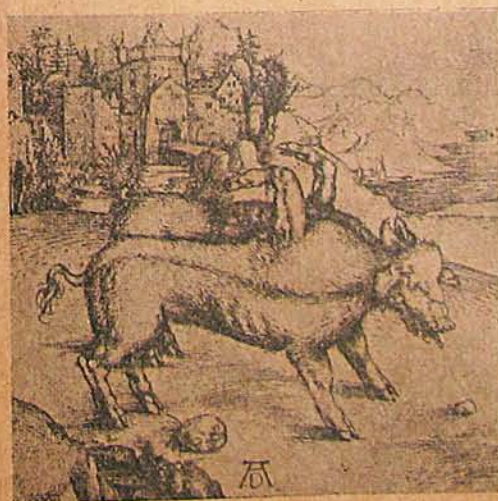
A Soi-Même (pág. 105), — queda en mí cual un rico manantial, profundo y siempre nuevo con la belleza de sus líneas abtsaridas, sureadas, reveladoras de amplitud, extendidas. No conozco otro cuadro más completo y en el que la estructura y los planos abran tantos horizontes en el espíritu. Líneas cerradas, ricas en variantes que se someten al grave juego del conjunto. Sin que me complazca una audición de música de Bach, le atribuyo a la obra de Durero cierta analogía."



Adam y Eva

No trataremos de buscar el significado de como la *Mélancolie* que encierran tantos secretos, pero hay varias de tan bellas, tan euritmicas, tan musicales. Volverlas a ver y estudiarlas no será nunca tiempo perdido. Los grandes maestros determinan los *sursum corda* en que el arte contemporáneo debe y puede aprovechar. Puede creerse que Ferdinand Gailard habría librado al grabado del buril si no hubiese conocido las maravillosas realizaciones de Durero y de su escuela? "Todo lo de Alberto Durero está para averiguar", escribió Delacroix. Es la plena convicción, que luego de un atento examen, se llevará el que visite ese conjunto reunido por M. Marcel Guyot.

Clément-Janin.



El puerco monstruo

Nota del Traductor. — El precio de los burilados de A. Durero, en muy bellas pruebas, han aumentado mucho en estos últimos años. *La Vierge au Singe*, fué vendida recientemente en 17.900 francos (17 diciembre del 1924). Se evalúa, entre las obras expuestas, a *La Mélancolie* en 35.000 francos; *Adam et Eve*, sobre papel de obra, en 50.000 francos; la pequeña *Vierge aux étoiles*, obra rarísima, en 20.000 francos; las 16 piezas de la *Passion* en 85.000 francos.

Trad. de J. Serra

GALERIA DE ARTISTAS CELEBRES

EL VOLUPTUOSO POUSSIN

por JEAN-LOUIS VANDOVER

Al dar ese título a las líneas que siguen, no pretendemos de ninguna manera sostener una paradoja, ni ir contra una forma de ver adoptada al través de los tiempos, precisamente porque se trata del genio particular de Poussin. Podríamos llamar a Poussin, tal cual M. Souday llama a Paul Valéry: "un príncipe del espíritu". Cuando el caballero Bernin vino a París y alguien le habló de Poussin, dijo, poniéndose un dedo en la frente: "*il signor*

la gente espiritual que los antiguos normandos daban al contemporáneo de Descartes y de Corneille. Quisiéramos solamente poner en guardia a ciertos celadores que actualmente hay de Poussin contra la tendencia parcial y eliminadora que consiste en verlo más que como un abstractor, un intelectualista, o como una especie de metafísico del clasicismo, que sacrificaba deliberadamente en su obra el sentido al cerebro y descuidaba en provecho del



Ninfa dormida

Poussin é un pittore che lavora di là... Desde Fenelón a Reynolds, desde Delacroix a André Lhote, todos los escritores y todos los artistas han insistido sobre la parte preponderante que Poussin daba, con su arte, a la doctrina. El mismo decía: "*mi naturaleza me obliga a buscar, a estimar las cosas bien ordenadas...*" y aún: "*es necesario que el dibujo vuelva siempre en provecho del pensamiento...*" Quería sobre todo que, en un cuadro, hubiera "*un juicio completo*".

Respetemos pues los sobrenombres tradicionales de Poussin: el príncipe de la pintura de

orden teórico y de la composición razonada los elementos primordiales de tanta obra de arte, a saber aquellos que, se graban, reteniéndolos por su seducción, en los ojos.

Existe en la producción de Poussin, como en aquella de Ingres, telas, las que el mundo exterior no ha controlado sistemáticamente ni podido enmendar con ninguna ideología. Por lo mismo que se puede anteponer *Le Bain Turc* al *Apothéose de Homère*, podrían anteponerse los Poussin de forma "dominicana" a aquellos de forma veneciana. Puesto que si, de hombre a hombre al igual que de artista a artista,

Poussin siente marcadamente la influencia de Dominiquino, no podríamos olvidar que en sus comienzos, había hecho infinidad de copias con Ticiano, lo que (añade Delacroix) no indicia en ningún caso una grande aversión del color.

Las obras no solamente las más bellas, sino hasta las más originales de Poussin son probablemente aquellas en las que la sensación y el pensamiento se equilibran. Por ejemplo, en el Louvre, *Le Triomphe de Flore* (año 1630) o, en Dresde, *La Métamorphose des Fleurs* (poco más o menos de la misma época).

fragmentarios de un Longo o de un Anacreonte.

"Abandono, se dirá, de un espíritu ilustrado, que, buscando sus temas en la Historia y en la Fábula, aprovechábase de los poetas alejandrinos tal como se aprovechaba de los épicos o de los narrativos..." Esto se dice pronto. No es suficiente con mirar esas pequeñas y cálidas escenas sensuales para constatar que se trata menos aquí de los ilustres motivos sacados de las bibliotecas que de expresar espontáneamente, irresistiblemente, la atracción ejercida sobre el ser físico por la viviente e



Baco y el Rey Midas

Esta última tela, jugándola por una sola reproducción que conocemos, parece ser un *chef-d'oeuvre* con gracia, poesía y de tierna voluptuosidad. Pero al lado de esas composiciones admirables y célebres, en las que el tema mismo aconsejaba a Poussin hacer agradable y encantador, existen en distintos museos de Europa, obras con menos ambición en las que la poesía de la carne se exalta a la vez tanto en su forma como en su colorido. Frente a esas telas que menciono, se piensa menos en el Poussin del *Sacrements*, del *Saisons* y el de la *Mort de Saphire* que al Watteau del *Automne*, que al Fragonard de las *Baignenses*, que al Prud'hon de *Psyché*.

Reproducimos aquí algunas de esas sueulentas obras, verdaderas piezas de antología a veces casi impregnadas de erotismo y bajo los árboles de los cuales parecen surgir los ecos

inecontrovertible belleza del cuerpo femenino?

El aparato y las enseñanzas escolares hacen a la larga, de ciertos "grandes hombres" pontífices serios y graves, engarzados, petrificados en un clasicismo casi inhumano. Las Fábulas de La Fontaine están marchitándose en los libros escolares cual las flores en un herbario. Uno sabe lo que los profesores han hecho para nosotros, cuando teníamos quince años, de Fédre, de Bérénice y de Harmoine. Al demostrarnos en nuestra juventud, a los *chefs-d'oeuvre* cual de arquetipos perdidos en un aislamiento bárbaro, monstruoso, separan poco a poco el arte de la vida y dan a la palabra "museo" un sentido paradójico que inspira desconfianza o pesar. Esforcémonos en mirar una ninfa de Poussin cual si miráramos a una pequeña mujer de Bonnard, desnuda y anacorada dentro de su tubo, o cualquier

ra minúscula *terre-cuite* de Maillol, que parece aún enrojecer con su sangre. En lugar de venerarlas cual reliquias llenas de polvo, debemos considerar las obras de los maestros de antaño cual si acabaran de nacer ante nosotros. Hay, inherente a la ocupación que consiste en mirar las obras pictóricas, un elemento de golosina en cualidad tal vez superior, pero seguramente de la misma naturaleza que anticipamos, ideal cual una promesa, la que sentimos frente a una mujer hermosa, un lindo bouquet o un buen manjar, aún antes de habernos acercado a ella, antes de haber aspirado o gustado esos últimos.

tuosas ninfas fragonardescas y prudhonianas. No puede ser muy común el descubrir a Corot en los paisajes de su *Orphée*, de su *Dionèe*, de su *Phocion*? En fin, hasta qué punto podemos ver en ciertos accesorios (vasos, copas, guirnaldas), pintados con sumisión con verdadera sumisión persuasiva, que recuerdan, en telas las más "nobles" de Poussin, los utensilios descritos, con más exactitud y más persuasión aún que Chardin? Por otra parte, es necesario repetir lo que la línea idealista (desde David a Ingres, a Puvis, y, por confesión propia, a Delacroix) debe a Poussin? En fin, es sabido, se ha hecho hoy día de Cézanne, no



Venus y Adonis

Mientras el espacio nos lo permite, quisiéramos hacer resaltar hasta qué punto, por lo menos en esta forma de su arte, Poussin es poco imitador de los italianos. A excepción de aquellas de sus telas en las que la influencia del Dominiquino es evidente (y que no nos parecen en modo alguno las de más aplicación), Poussin debe mucho menos al arte italiano que Ingres, por ejemplo, el cual está tan alejado a veces del genio francés.

Desnudo de énfasis y de falsedad pictórica, hostil a los ensueños indeterminados, desdeñoso para las curiosidades arqueológicas, nativamente sobrio, mesurado y natural, el arte de Poussin contiene desde ya todo el tesoro que evaluará durante un par de siglos la pintura francesa. Puede verse, en sus *Bacchanales* la atmósfera (misteriosamente coloreada por el vestido de los personajes) de los bajo-relieves de Watteau. Hemos ya reconocido las volup-

sin razón alguna, el heredero directo de Poussin, y, ayer aún, la escuela llamada cubista, porfiadamente, reclamábalo a él.

Si buscásemos establecer alguna correspondencia entre el arte de Poussin y las producciones poéticas, ningún nombre italiano vendría al pensamiento, pero sí aquellos de Corneille y de Racine (como no se ha soñado nunca en representar *Cinna*, o bien, *Andromaque* con decoraciones y trajes poussinescos?), y hasta el nombre de Chénier, que, tal como Poussin, no resucitó con el artificio y laboriosidad la antigüedad por la erudición, ni por el color local (al igual que Flaubert, que Gustave Moreau o que un Leconte de Lisle), sino que la reinventó, volvió a crearla por el milagro de un "alma helenista" (la frase pertenece a M. Paul Desjardens).

Jean-Louis Vandover

ALMAFUERTE

ESTUDIO CRÍTICO

por JUAN I. CENDOYA

Han corrido años, desde la tarde en que se abatió la vida del poeta Almafuerte, y que como en el verso de Juan Pedro Calou: "se habrá trocado en otro el viejo corazón". De entonces al presente, nuevas formas poéticas han orientado y desorientado a la generación argentina; corrientes ideológicas, surgidas de la entraña martirizada de Rusia, inspiran al núcleo idealista de nuestra juventud; escritores del dolor social, surgidos aquí, como el resplandor en rojo del viejo mundo incendiado, hacen obra orgánica del que ha nacido la universidad nueva, que no será transitorio, porque una vigorosa ideología surge de Méjico y del Sud de América, coloca como en relieve a los hombres que en la tiniebla de la noche social, fueron puras luces de sinceridad, de valor moral, de amor y de justicia. Así como en las últimas etapas de las ideas en América, de su lento y penoso proceso sociológico, se mantienen como valores mayores, Agustín Alvarez y Rafael Barret, en la evolución de la lírica continental, Almafuerte, permanece como el valor de quilates más puros y legítimos, por la solidez de su obra profundamente humana y el ejemplo de su vida apostólica — de total ofrenda, — ambas de una conjunción armoniosa. Con el rodar de los años, se ha extinguido el eco ensordecedor que llenó el día de su muerte, la polémica entre defensores y detractores, y, solo queda su obra, forjada a imagen del apotegma de Federico Nietzsche: "escribirás con tu propia sangre, porque la sangre es espíritu".

La obra de Almafuerte, permanece como pura fuente, para la comprensión, y elevación espiritual, de las generaciones nuevas y de las que pasen, purificándose en ideales de amor, de justicia y de Paz, entrañas generosamente abiertas, al dolor universal. Para que su obra alcance a imponer la belleza de su médula espiritual e ideológica será imprescindible la existencia de generaciones evolucionadas, de elementos inquietados por anhelos de perfección moral y social, ya que no pudo ser interpretada, por una generación en la que alcanzó los perfiles del arquetipo, el "patriotero" ridiculizado por la crítica aguda de Agustín Alvarez, sordo a toda manifestación del espíritu, tiranizado por un falso ideal heroico y grotesco.

Extinguióse con Almafuerte, la más pura luz de la lírica en América; alimentada su vida áspera de hombre, por una piedad desesperada hacia los tristes — la más elevada expresión del amor, según Barret, — por un anhelo rugiente de justicia social, por todas las contradicciones que pasaron por su existencia, de una soledad impresionante y grandiosa. El mismo, aceptó esa situación, en parte impuesta por el medio hostil, acaso por propia voluntad, derivada de su mesianismo. Almafuerte, conocedor profundo de la Biblia y de los Evangelios, inspiradores de su cristianismo puro, cayó como otros pensadores y artistas del siglo pasado, en un evidente estado mesiánico. Recientemente, el escritor B. Sanin Cano, trató el me-

sianismo en algunos grandes hombres, llegando a conclusiones convincentes. En Almafuerte, como en Tolstoi, Nietzsche y Benán, la personalidad misericordiosa, ura, apostólica de Jesús, con la plena luz que le da la perspectiva de los siglos, tuvo una influencia notable, modeladora. Su poesía "Jesús", una de las más armónicas del poeta, demuestra qué luminoso surgió de su amor comprensivo de hombre cristianamente bueno, el perfil del pálido Galileo. Se afirmó que esa poesía de Almafuerte, tuvo como fuente inspiradora a la "Vie de Jesús", de Benán, pero resulta evidente, se trata de una de las tantas injusticias cometidas con el autor de "El Misionero". Habiendo estado en relación permanente con la Biblia y con los Evangelios, le fué fácil al poeta, percibir la dureza humana del Cristo de Bethania, asimilar su ideal de amor y de justicia, sentirse por su misma naturaleza misericordiosa, casi identificado con aquel. León Tolstoi, la personalidad universal más contradictoria, pero una de las primeras destinadas a perdurar y a sobrevivir en la armoniosa belleza de su obra, ofreció el caso más acabado de mesianismo, al creerse ungido ya, — luego de una de las luchas espirituales más angustiosas que haya sufrido alma cristiana — por el espíritu de la luz, y al aceptar, como definitivo, el que "las ideas de Jesús, conducirán al hombre y a los pueblos a la felicidad". No otra cosa fué su apostolado, mantenido con una existencia de humildad, con largos períodos de contrición hasta reducirla a un extremo de miseria y dolor. En el espíritu serenísimo de Benán, "los anhelos mesiánicos — consigna Sanin Cano — no provocaron la contradicción, porque su naturaleza ricamente sensible, podía acomodarse a todos los aspectos del conocimiento". Pero en Almafuerte, si bien lo llevaron al estado que vivió en los últimos años León Tolstoi, disperso en un exaltado misticismo, ni a la locura del Anticristo, dejándole huellas tan profundas, un concepto tan férreo de su misión social, en la vida y en el arte, que su obra y su vida — unidas por un vigoroso espíritu ideológico — ponen de relieve la existencia de un enorme valor moral, más grande en su soledad cuando desde ella, clamó o rugió su verdad — ¡pequeños resultan los medios formales, para un espíritu bravo a veces desorbitado dentro de su más impecable pureza! — aunque hubiera de romperse luego, como en la expresión del filósofo alemán.

Almafuerte, anduvo su vida y, el camino fué de una aspereza desoladora, que en vez, de contener al misionero, dió mayor intensidad y vigor a sus imprecaciones, por amor a su chusma, y a sus Cristos negros, blasfemos en la torva tiniebla de la injusticia social. El hombre, no podía pues, sino reflejar las asperezas que le hicieron sentir, la incompreensión de los hombres, la honestidad del medio ambiente, el fantasma trágico y angustiado del dolor universal, las mentiras convencio-

nales de un siglo hipócrita. El hombre era áspero, a veces impulsivo, agrio. Carecía de maneras amables. Hablaba siempre en voz alta, recia, como si tuviera ante sí las pupilas angustiadas y alucinantes de su chusma, y nunca a un interlocutor determinado. Si era este, un literato, Almafuerite, hablaba con su voz más potente y, en términos absolutos. No deseaba la compañía de escritores, porque acaso, en su fuero íntimo, despreciaba profundamente a todos los que, capacitados para decir su verdad por pequeña que fuese, se dejaban llevar por la fuerza de la corriente, adaptándose a la vida fácil. No obstante, tuvo verdadero afecto por unos pocos que han defendido con amor su vida y su obra desde el instante mismo, que al extinguirse su vida, iban surgiendo los Zoilos, disciplinados en la crítica negativa. Era un tipo de hombre vulgar, sin un rasgo que sugiriera la más remota aristocracia, grueso, despojado de toda belleza; la muerte, utilizó su perfil y, solo entonces, fué hermosa la comba amplia de su frente morena. Es que había dejado de palpar su corazón tumultuosamente; habían pasado todas las contradicciones que asolaron su vida desde la adolescencia — estupor de la primera encrucijada, — concluida para siempre la tragedia de su vida apostólica, y borrábase las huellas profundas, que marcaron como a cuchilladas, las injusticias de su hermano el hombre, la deserción de su chusma.

Sin embargo, las maneras de Almafuerite, tornábanse suaves como caricias, cuando se enfrentaba a un niño, en una inmensa piedad cuando lo hacía a todo dolor humano. Entonces, el rostro moreno desfigurado por la viruela, cobraba luz, plena luz, y la voz tonante del apóstol, palpitaba de ternura, como un tibio corazón. Almafuerite, pudo provocar la antipatía del común de los hombres, porque se mantuvo siempre, dentro de una férrea sinceridad moral. Esa sinceridad que anuló sus palabras, su obra y su vida y, a la que levantó siempre como una tea, sin reparar en circunstancias, escenarios ni conveniencias. Los siguientes episodios, confirman las palabras. Almafuerite, dió varias conferencias en distintas ciudades de la república. A raíz de uno de esos actos realizados en Bahía Blanca, un núcleo de intelectuales le ofreció una demostración. Durante el banquete, se hacía oír, en un verdadero derroche verbal, un viejo magistrado inteligente y de sólida cultura intelectual, quien hablando de un viaje por Europa, coronó su relato, afirmando, "que había tenido el alto honor de ser recibido por el rey Alfonso XIII, con quien había departido durante una hora". Almafuerite, silencioso, hasta entonces, en uno de esos impulsos que le eran habituales, interrumpió con su palabra cortante:

— ¡Permítame, doctor! Yo no solamente le creo que se haya entrevistado con el rey Alfonso, sino que le concedo que lo haya hecho con todos los monarcas de la tierra. Pero yo, siendo maestro de escuela, comencé un discurso frente a Sarmiento, y lo terminé entre sus brazos, ¡porque Sarmiento Horaba!

Vanidad, se pudo pensar, pero con más exactitud en un orgullo de hombre bueno y puro en un medio convencional y frívolo, en el que una clara

inteligencia de hombre, sentíase compensada con haber escuchado la palabra de un monarca.

Allá por el año 1908, Almafuerite se hallaba vinculado al gobernador de la provincia de Buenos Aires. En cierta oportunidad, fué a solicitar un empleo, para uno de sus hijos adoptivos. Llegado, con "su muchacho", a la antecala del gobernador, fué atendido por el secretario, ante numerosos postulantes:

— El señor, ¿qué deseaba?

— ¡Dígale al gobernador que está Almafuerite!

— Dijo el poeta en forma que se enteraron todos los presentes.

El secretario, entró al despacho, y a poco volvió junto al poeta, a decirle que sería atendido de inmediato. El tiempo pasaba, el poeta sentíase blanco de todas las miradas, se puso nervioso. El gobernador, no lo atendía. Pasó una hora y, Almafuerite, con la galera en la mano, se paseaba a grandes pasos por la sala. En ese instante, abrióse la puerta del despacho y apareció el gobernador. Al distinguir al poeta, se dirigió a él con una disculpa en los labios, pero fué recibida así: — "Vea, gobernador. El Zar de todas las Rusias, con ser el déspota más sanguinario de la tierra, tiene abiertas las puertas de su palacio para León Tolstoi. Y, sépase, que yo valgo más que Tolstoi — y encasquetándose la galera, salió con su acompañante, dejando atónito y en situación poco cómoda al gobernador de Buenos Aires. Esas, eran manifestaciones de su sinceridad, de su concepto de sí mismo. Y, cuando un hombre, se enfrenta totalmente a la vida, a la sociedad y a los hombres, — decimos totalmente porque esa actitud implica ejercer derecho de crítica y de repudio también, — si no se adapta luego, si no transige con la organización social, con las ideas, con el sentido común, con las mentiras convencionales, conviértese, por la sola razón de ser bueno y ser justo, en blanco visible del odio, la injuria y la difamación. Y, Almafuerite, fué un hombre erguido totalmente, que no sintióse venido ni por el ataque de los hombres, ni por sus propias contradicciones. Tuvo ante sí, la visión de la chusma ulcerada, larga caravana de Cristos sombríos, de Lázaros malditos, mujeres caídas, pulpa miserable y sexual, de niños estigmatizados por la garra implacable del vicio y el mal, sitiando como hombre, su parte de responsabilidad culpable, por aquella miseria humana, volcándose en la inmisericordia de los asilos, de los hospitales y las cárceles. Humano, profundamente humano, dió a su vida y a su obra el hálito, por momentos rugiente de su enorme sinceridad; su verbo, rudo y sonoro, que llegó a ser áspero hasta el insulto y rojo hasta la maldición, sacudió el ambiente sordido y mezquino. No faltan críticos que afirman, que su inaptitud estaba en él, y no es difícil que surja quien sostenga que Almafuerite, fué de esos hombres que vienen al mundo, predestinados a complicar de modo absurdo la propia vida. Fué el ambiente, la fiebre sensualista del oro, la venganza de las llagas descubierto y expuestas a la luz, y la de los cenáculos intelectuales, roídos por un Decadentismo ultra-modernista, desde los cuales se le arrojaron piedras al hombre que al penetrar al templo de los felices,

lo hizo con el látigo en alto, las carnes abrasadas en sus cóleras de reivindicación y de justicia y, cuyas palabras ásperas y dolorosas, de cortantes aristas, sin medida y sin pulir, debieron ser más violentas que los azotes de Jesús, dispersando a los mercaderes.

La resistencia que provocó la obra de Almafuerte, no se redujo a la intelectualidad de América. Provocó en España, el ataque de Emilio Carrère, el exquisto autor de "La tristeza del burdel", quien afirmó que Almafuerte, no sólo no había hecho obra de belleza, sino que ni tampoco, ni humana y filosófica, teniendo conceptos despectivos para el poeta del Hombre, a quien se pretendía enfrentar a Darío. Hermosa oportunidad, para un espíritu aguzado e irónico — si los escritores españoles conocieran de verdad la obra de Almafuerte — para convertir al viejo bohemio de los fatalismos y embrujamientos, en una reencarnación "celui qui ne comprend pas", el clásico personaje de Remy de Gourmont. La actitud de Carrère, obedeció a una encuesta sencillamente absurda. "¿Cuál era el poeta representativo de América, Rubén Darío o Almafuerte?" Se nos desconoce, geográficamente, social y literariamente, porque de lo contrario, no hubiera existido la encuesta ni se hubiera dado oportunidad a escritores como Carrère, de evidenciar, con respecto a la vida y a la evolución de América, una ignorancia absoluta, de conocimientos elementales. América, no puede tener aún su poeta representativo, por cuanto es una raza en gestación, que no ha podido alcanzar por su incesante renovación de valores, su tipo, concebido por más de uno de sus pensadores, como mezcla de indio chorotega y del hombre-cerebro de Emerson. Porque si es un surco propicio para asimilar, no está en situación de creación definitiva y característica, como lo afirma Rodó, por cuanto no tiene, "ni lo poético de las edades primitivas, ni lo poético de las edades refinadas", contando con todas las deficiencias de una época de formación. Por otra parte, Almafuerte, no necesita del calificativo de poeta representativo, — que él mismo rechazó enérgicamente en uno de sus más vigorosos discursos, frente a la juventud universitaria de Sud América, — para ser la personalidad máxima de la lírica continental. Su personalidad de poeta humano, sólo tiene en la poesía argentina como antecedente, a la de Eduardo Gutiérrez en su "Misionero". Tocóle a Almafuerte, contemplar la renovación iniciada por Darío, el acatamiento a las nuevas orientaciones por el elemento joven, el surgimiento de personalidades nuevas, que ultimaron las fórmulas anquilosadas del romanticismo agonizante, manteniendo su personalidad poética, por características y perfiles poderosos y originales, en un medio de imitación incondicional, en el que los discípulos de Rubén eran los primeros en olvidar su vigoroso apotegma — "sé siempre tú mismo, esa es la regla" — es fácilmente explicable la sorpresa, el asombro del autor de "Cantos de vida y de esperanza", cuando conoció la producción poética de ese maestro de escuela, predicando viejas pero luminosas verdades en un pueblucho agrícola de la Provincia y cuyo tono y voz, le daban

rasgos bíblicos y proféticos. Accediendo a un pedido de Mitre, Rubén publicó en "La Nación", un artículo sobre Almafuerte, que no había producido aún "El Misionero", y en el que afirmaba que no hallaba en América, un poeta que pudiera provocar un símil con el autor de "Jesús". Halló su origen en los antiguos profetas, su fuente de inspiración en la biblia, y le llamó — acaso por no empequeñecer su talla apostólica, — Hierofante. Es necesario, para percibir totalmente la personalidad de Almafuerte y las causas de su inactualidad, apreciar los poetas surgidos en América, sus características, las normas impuestas por Rubén, la fiebre ardiente de imitación y exotismo, que mediocrizó a la mayoría. Fué definitiva la influencia de los raros franceses, cuyas obras difundió la decidida admiración de Darío, magnificadas por las notas biográficas, con su parte de realidad y de leyenda, del "pauvre Lelian", de Baudelaire, el satánico, del griego Moréas, de Jean Lorrain, de todos los predilectos de Nuestra Señora la Bohemia, en un París enfermizo y alucinante. Productos de aquella influencia, nació en América, una extraña floración de poetas, — extraña por su falta de relación e interpretación del medio ambiente, costumbres, tradición y ajenos al espíritu de la raza, — pero poetas de valores indiscutibles. Rubén Darío, Benvenuto formal; Díaz Mirón, de vigorosos vuelos líricos; José Asunción Silva, flor de dolor, de una psicología desolada, metafísico y artista impecable; Guillermo Valencia, Amado Nervo, cuyo misticismo, revolucionó el espíritu de gran parte de la juventud lírica, anquisándolo en la filosofía de la resignación; Santos Chocano, clamoroso y rebelde en sus primeros años, en forma que hizo creer, que el espíritu de la raza, había hallado, su intérprete para clamar sus reivindicaciones, hasta la hora de su adaptabilidad, de su deserción total; Julio Herrera y Reissig, el preciosista uruguayo, enfermo del mal de todos los cerebrales y, Leopoldo Lugones aquí, el Lugones de "Las Montañas del oro". Fué en aquel periódico, cuando Paul Groussac, analizando el modernismo en América, afirmaba, que, "la imitación del neo-bizantinismo europeo, no podía entrañar promesa alguna para el arte nuevo americano, cuya poesía tiene que ser como la de Whitman, la expresión viva y potente de un mundo virgen, y arrancar de las entrañas populares, para no tornarse la remedada caratula de un histrión". Almafuerte, ostentaba en su favor, con respecto a los más grandes poetas de América latina, su ideal de redención humana; su amor profundo a los humildes y a todos los dolorosos — amor nacido del propio dolor por la chusma martirizada, — su valor y su sinceridad moral para mantener su obra y su luz espiritual, frente a poetas adaptables, fáciles al halago, a la vanidad y a los homenajes de una Bizancio indígena. Sólo en el norte, una gran figura, imponía los relieves de su apostolado de vida nueva, Walt Whitman, ya que el genio de Edgar Allan Poe, fué el de un atormentado enloquecido como una víctima del París intelectual. Mientras los hijos espirituales de Rubén, hacían poesía amatoria e intimista, a base de propios estados psicológicos, en escenarios de gobelinos versallescos, o en los

de Montmartre y el Quartier, Almafuerte, cantaba, exaltándola, a la Inmortal, flagelada de injusticias, atormentada de angustias, llevando sus emociones — en esa convivencia con lo triste, lo viejo y maldito, — al verso fuerte, doloroso, o agresivo, como lo exigía el derecho de defensa que invocaba el poeta, para reivindicar un grande, un enorme dolor y una atroz injusticia. Defensor de su chusma, porque sentíase todo de ella en una ofrenda demasiado humana, cuando decía:

“Tan sólo la sobra humana
tiene sobre mí derechos”.

Así sus versos, llevan todo el soplo de su sinceridad, el dolor del hombre que siente en carne propia, la universalidad del dolor, porque no tuvo, la cobardía de despojarse de la parte de responsabilidad que a todo individuo—obrero, pensador, sabio o artista—, le toca en la enorme injusticia social. Esa fué, en síntesis, la substancia medular de su obra: una compasión hacia los hombres, profunda y piadosa, y una requisitoria contra Dios”.

Evocamos una vieja lectura de adolescencia. Son prosas del abuelo Hugo. “Es en Marine Terrace. Una de las últimas mañanas de noviembre, dos de los habitantes de aquel lugar, el padre y el menor de los hijos, estaban sentados en la sala baja. Ambos meditaban, preocupados tal vez, la coincidencia de hallarse en el principio de un invierno y, de un destierro. De pronto, el hijo, preguntó al padre:

—¿Qué piensas de este destierro?

—Que será largo.

—¿Qué vas a hacer mientras dure?

—Miraré el océano. — Hubo un momento de silencio y, el padre interrogó:—¿Y tú?

—Yo, ¡traduciré a Shakespeare!!!...

Así se expresaba Hugo, al hablar del creador de ese atormentado príncipe-filósofo de Elshingors. Pensamos. Las viejas palabras, tienen, el vigor de una verdad profunda. Hay personalidades, que excluyen el análisis, por su misma potencialidad. Es así, como hay que contemplar a Almafuerte, en la vida y en el arte, como a un océano. Bravío, inmenso. Su obra, tiene culminaciones, que son tempestades en su espíritu, y calmas mansas—las menos—que suceden a las grandes borrascas. Esas calmas transitorias, no eran más que treguas, muy relativas en su casi permanente exaltación espiritual. Sus más grandes poesías las produjo en los períodos en que más intensas eran sus dudas,—las de su fe—más ferviente el anhelo de justicia social, y en los que más responsable sentíase de su misión en la vida y en el arte. “La sombra de la Patria”, fué escrita en horas de negra angustia. El vió a su patria, que amó con todas las fibras por creerla “la última patria del dolor”—, cruzar trágica por un período caótico, y entonces, poseído por un gran dolor indignado, con su gesto bíblico que no abandonó nunca, dijo su gran sermón americanista. Esos admirables endecasílabos, que se dirían canción del bronce, fueron creados por una noble aspiración del poeta, que creía, visión de futuro, con un

elevado pensamiento moderno bien evolucionado, que “las patrias nunca son perfectas, porque en ellas todo, absolutamente todo puede hacerse mejor. Los hombres, las instituciones, la ley”. —Es fácil advertir, que el bien Almafuerte, en su obra, presenta los rasgos típicos de un poeta universal, no le fué extraño el filosófico concepto de patria, ni dejaron de inquietarlo sus problemas ni de angustiarse sus períodos de decadencia. Para Almafuerte, existió la universalidad del dolor, de la injusticia social, pero que no llegaron a extirpar en él, la idea americanista, ampliación de la idea de la patria limitada, de antigua raigambre en su espíritu, como surge de sus propias palabras, cuando dice en “Confesiones”—a la manera de Tolstoi en “Infancia”—que en el hogar familiar, una nueva Cornelia—la madre del poeta—inspiró y desarrolló en el niño, “el amor a la tierra, a la Patria, a sus hijos ilustres y hacia la moral del Bien”. Pero si la visión de la patria en lamentable decadencia sacudió sus fibras, provocándole un estado de exaltación por el que pasaron soplos de indignación y de ira—sus iras santas—, más intensas fueron sus angustias, más acerbo el dolor provocados en él por la visión de la chusma irredimida, bajo el agobio de una vieja cruz de orfandad social y de miseria moral, pesada como una maldición de siglos. Forman la parte medular de su obra humana y filosófica, marcando la trayectoria de su ideología: “Jesús”, “La sombra de la Patria”, “La Inmortal”, “El Misionero”, “Trémolo” y “Dios te salve”. “La sombra de la Patria”, avanza sobre el ideal de los grandes repúblicos, que soñaron a América como a la Canaan del futuro. “La última patria del dolor”, la llamó Almafuerte, conceptuando ideológicamente, que sólo el dolor, purificándola haría surgir de sus entrañas martirizadas, el espíritu puro de la raza fuerte, y generosa, hermanadas sus criaturas, en el sufrimiento, en el Trabajo y en el Amor, hacia la Felicidad. Anticipado a su tiempo, vió fracasar su ideal, tocándole presenciar como permanecían y habían de perpetuarse, los “boleadores de levita”, de Agustín Alvarez, los enemigos de la verdadera patria. Fué a la chusma y, surgió “La Inmortal”. Convivió con ella, porque habíase ampliado su visión del dolor humano, universalizado, con sus angustias, miras y lacras. El autor de “Jesús”, con quien sintíase identificado, por el paralelismo de sus vidas, fué como el San Vicente de Paul, de su invocación, un inmenso corazón palpitante de piedad y misericordia. Pero como aquel, salió al cabo, de su Calvario, cubierto de maldiciones y de odios, pero ciego de evangelización y de caridad, aquella que se enferma con el contagio y se mancha con tanto cieno moral. Incomprendido salió del seno rugiente de la pulpa miserable, pero pura su luz espiritual. Y, ya envuelto por la soledad absoluta, acechado por el fantasma de una atroz injusticia, escribió “El Misionero”. El largo y áspero camino recorrido, la intensa tiniebla de sus noches, “vigilias amargas”, dieron al poema, un carácter y un vigor ideológico impresionantes. Contradictorio,

por momentos obscuro—como si el poeta se perdiera en el choque tumultuoso de ideas y pensamientos—, adquiere periodos de una belleza armoniosa y conmovedora, que lo convierten en el más vigoroso poema del dolor, de la lírica continental.

Ninguna poesía en América, de índole social y humana, puede resistir una comparación, — ni tratándose del espíritu más fácil a las concesiones— con el poema almafuertista. Si se recorre el número reducido de aquellas—reducido en un medio de producción exótica de la que estuvo ausente el dolor humano, la injusticia universal,—surge como el exponente más vigoroso, “El sermón de la montaña”, de Santos Chocano. Pero entre el Jesús que habla del poeta incásico, y el fraile laico, miserable y torturado “deshecho deleznable de la horea”, no puede llegarse más que a una conclusión absoluta: la superioridad de la figura humana, dolorosa del mendicante, sobre el Jesús razonador que se dirige al cerebro de los hombres, mientras que aquél lo hace, de corazón a corazón. En “El Misionero”, se realiza una admirable gratificación del dolor que se alza, retorce y crepita como llamas en una selva incendiada. En él, el poeta, hace confesión de su vida, sus luchas, miserias, fatigas y derrotas, todo en un impetuoso turbión, en el que no obstante, se mantiene la idea del yo, salvado como de un trágico naufragio, en un verso fuerte, hecho de dudas y de afirmaciones rotundas, animado todo el poema, por una sinceridad de hombre, que se abre a sí mismo como si quisiera exponer, corazón y entrañas, todas las vísceras. Mantiénese fuera de la manse-dumbre que debió animar al Cristo de Bethania, en el Huerto de Getsemaní, al intuir la derrota de su obra de evangelización y de amor. Almafuerte, por boca de su misionero, anatematiza, vocifera, ruega. Su espíritu, no es sureño propicio para la resignación mística, y es por eso, por ser humano, demasiado humano, que frente al lírico de Asís que dijo “hermano lobo”, él es más generoso, más pulpa, más sureño para el dolor, desde que clamó, “hermano vicio”; no en un alarde sentimental, sino porque viviendo en el corazón mismo del suburbio de La Plata, estuvo cercado por los antros y los tugurios; contempló, sintió todo el dolor de la caravana de criaturas, ulceradas y malditas, en una percepción real de la vida áspera, llena de tinieblas y de maldiciones. Y, para aquellas criaturas — su chusma, la inmortal—, quiso ser y fué, venda, bálsamo, madre y puerto y, de todo ese anhelo, de toda esa gran misericordia, hacia lo impuro y ulcerado, salió, mordido en sus entrañas y desbordando negra amargura, por el triunfo del mal, por la inconstancia ciega de la gran pulpa, perdida en una noche cerrada y sin estrellas. Dolor masculino el suyo, dolor de hombre que va a salirse de la prédica pura, pero estéril, porque todavía cree, que si la inmortal no siente, no vibra, no comprende su entrega total y apostólica—como ciega y sorda fué a la palabra blanca de los Mesías humanos,—le queda aún, el individuo, átomo en la gran entraña, para sembrar como en un solo sureño, pe-

ro que florezca con el milagro del germen. Es la confesión dolorosa, de toda una vida de amor, de piedad, de siembra inapreciada. El, lo sacrificó todo, amó su sacrificio, para ser estrella en la tiniebla de la gleba angustiada. Voleó piedad sobre las úlceras, clamó en nombre de todos los miserables, justicia, la justicia del Bien y del Amor, anatematizando todas las mentiras hipócritas con que la organización disfrazaba su vieja tiranía de hambres y de martirios. Y, al cabo de toda la trayectoria de su vida, el hombre está sólo rodeado de sus canes, más humanos que los hombres. Para ellos, agrupados en el seno de la chusma, va su revelación absoluta:

“Pulpa sin gratitud, no sabrás nunca que yo luché con Dios, que te moldea. Y se quedó de pie como una idea que se va del cerebro y queda trineca”.

¿Dios? Su lucha con la divinidad, desencadenó verdaderas tempestades en su espíritu. Como Tolstoi — en los periodos más desconcertantes de Yasnabia Poliana, — Almafuerte sentía bambolearse su fe, la vieja fe cristiana heredada de la madre,—pero, mientras, el escritor ruso al fin de sus dudas y de un proceso psicológico impresionante, se dispersa en un misticismo exaltado que imprime a los últimos años de su vida, la desolada tristeza de un horizonte polar, Almafuerte, sale de su tiniebla para erguirse, no ya frente a los hombres — víctimas — sino a Dios mismo, a quien invocó en la cerrada y larga noche de su dolor; ante quien clamó piedad para todos los dolorosos de la tierra. Almafuerte, abandona su noche, en la que, la divinidad sorda al ruego nunca habló, cuando el creyente se recogió para confiarle sus dudas, el dolor de los humanos y le dice, con la misma violencia con que pudiera anatematizar a un réprobo:

“Todos te traicionaban, Ysacariotes; todos te despreciaban, manequí; todos, hasta tus propios sacerdotes no “creían en ti”.

Yo te soñé la madre y el abuelo; yo te soñé más pródigo que el sol; yo te soñé mejor... ¡véte a tu cielo! ¡No mereces ser Dios!

Con “Trémolo”, el poeta termina las etapas de su hermandad con la chusma, y de las luchas de su fe. Va a vivir su soledad, en aquella “covacha siempre abierta, para cualquier afán, falaz o cierto”. Pero la trayectoria de su vida ideológica, dejó, la más vigorosa obra de amor humano, consagró al más recto poeta del dolor social.

Muerto el poeta, se editaron sus “Amorosas”, fragmentando una vez más su obra, destinada a un trabajo de selección, por un espíritu comprensivo y bien orientado. A raíz de esa publicación, hubo críticos que afirmaron eran mediocres las amorosas de Almafuerte, acaso porque la senda del poeta, no fué atravesada por la mujer, — fuera ella Beatriz, Laura, Giocenda,—

y si le fué habríase convertido para el poeta, en una sombra fugitiva... Al considerarlas, no se ha tenido presente, que en su mayoría pertenecen a la primera época. Dándoles su verdadera situación, dentro de la obra poética de Alfauerte, es necesario reconocer, que palpita en ellas, el fervor amoroso y caballeresco, que fué módu de la poesía romántica, pero del romanticismo de los altos ideales, no del sensiblero de las últimas décadas. Lo evidente, es que Alfauerte, no fué un náufrago desorientado, porque supo salvarse a tiempo de la vulgaridad de la corriente. No cantó a la luna blanca, ni su musa fué hija de un exotismo atrabiliario, neurasténica y familiar en la vida de Montmartre, la heroína de los decadentes, y del lápiz de Willelto. Si a las "Amorosas", se les juzga con el gusto de simbolistas y decadentes, les falta, el sensualismo morboso, la neurosis sexual, las palpitaciones de la Santa Lujuria que dijera Darío, engendradora de la divina tristeza. Pero ese no fué Alfauerte, un poeta triste. La tristeza, — dijo el poeta — es la madre de los enfermos, de los vencidos y de los inútiles. Era un poeta, modelado por el dolor. Por eso su amor, rebasó los seres comunes, para volcarse en algo enorme que necesitara ser amado. ¡la chusma! Pero no dicen verdad, quienes afirman que Alfauerte no amó a la mujer, porque de su obra, está totalmente ausente, la teoría del pesimista Schopenhauer. El poeta, la amó en su más bello y digno aspecto, santificada humanamente por la maternidad; en la suya propia, engendradora de virtudes y en todas las madres de la raza. Y, así pasa por el "Cantar de los Cantares" en los tres armoniosos términos: "¡Madre mía, novia mía, hermana mía!"—Y, su enorme capacidad amorosa, llegó hasta las flores y los niños, los pálidos Gavroches del suburbio enfermo. Los llamó, ¡hijos míos!, en paternidad y amor de su espíritu, sino lo fueron de su carne y, coronó de rosas tempraneras sus cabezas de ébano y de oro. No esperó que los niños fueran a él, porque desde sus años de maestro de escuela marchó hacia ellos, sembrando amor y abecedarios. Esas, fueron sus mejores amorosas... En su espíritu, no existió la unilateralidad del amor; amó a los Cristos negros—que cantó en "Dios te salve"—que no están en los templos suntuosos ni en altares rcamados de oro y perlas, porque rugen en los conventillos, se embrutece en las tabernas, vegetan en las cárceles, esperan la hora final en el lecho numerado de un hospital o andan, por este camino de la vida, con la loca aspiración de atrapar estrellas... No pocas fueron las madres humildes, que le debieron el goce de ser buenas,—sobre las máquinas de coser dadas por el poeta,—cuando estaban a un paso, nada más de la atracción de los antros y de los tugurios sombríos. El poeta, murió en primavera, en su casa vieja, con una serenidad impresionante, rodeado por sus hijos adoptivos, casi todos hombres, excepción del menor, niño aún, el predilecto del poeta y que lleva su nombre. En el jardín florecían las primeras rosas. Fuera, en la ciudad que lo ocultara como a Florentino Ameghino, cundió la noticia. Horas después, un

público enorme, desfiló ante el cuerpo yacente, en el salón municipal. Las autoridades oficiales; políticos, escritores. Pero detrás, un pueblo obscuro, sombrío y angustiado. Madres con sus pequeños en brazos; colegiales, Gavroches encucos, ex hombres, las víctimas del vicio y del mal. Al día siguiente, el sepelio imponente, los interminables discursos ditirámicos; luego el silencio, ahora, la soledad. Queda su obra para las generaciones evolucionadas, su obra del poeta del dolor social, recia, ideológica, humana, que en América, será única en la hora de la Justicia, porque para Alfauerte, es casi un anuncio, el grito de Federico Nietzsche: "No te pese demasiado tu soledad, hermano, que ya vendrá renegando la hora de la Justicia".

Juan I. Cendoya

La Plata, mayo de 1925.

LA POESIA DE LA NUEVA GENERACION

EL MAR

El mar tiene un murmullo de sartén gigantesca.
En las noches de niebla grasienta
El viento se dedica a la pesca
De monstruos con ojos de torreones
Que se refugian en las piedras.

En las noches claras hay una fritura inmensa
De barcos y de estrellas
En el aceite negro del Atlántico
Y la cándida luna se sonríe
Como una cocinera provinciana
Que se chupa los dedos de las manos.

LOS BOTINES

Los botines son mártires modernos.
Van de aquí para allá
Con sus amores eternos
Besuqueando las piedras sin parar.
Botines de corredores comerciales
Símbolos sois de infidelidad!
¡Oh! botines de vigilantes
¡Oh! Amorosos constantes.
La casa Palma parece
Una exposición de amantes.

EL TREN

(A 40 ks. por hora)

¡Uhuuuuh!
Chuquichuf... chuquichuf!!
Los árboles y los postes de telégrafo
Se meten por los ojos, las bocas y las narices.
¡Ah!... y también por las orejas.
¡Uhuuuu... Uhuuuuu!
Y cuando se llega a la estación Retiro
Se vomitan las vacas y las lechuzas
Los sapos y las culebras.
Té Mazwater
El te más fino.

Liborio Gironde.



BIBLIOGRAFIA

LIBROS BUENOS Y LIBROS MALOS



"CUENTOS DE LA OFICINA" — Por Roberto Mariani. — Biblioteca "Los Nuevos". — Edición de nuestra casa.

La biblioteca "Los Nuevos" acaba de publicar su cuarto volumen. Nos complace apuntar de entrada que esta biblioteca no lleva inútilmente su título de "Los Nuevos". Hasta ahora ha podido demostrar que, en efecto, se trata de gente nueva. En nuestro medio literario predominaba la gente vieja. Había varios moldes consagrados que se repetían regularmente, año tras año: molde A, molde B, molde C. Todo aquel que se iniciaba caía irremediabilmente en el patrón ya conocido. Salvo muy raras excepciones se aprendía y se escribía de memoria. Nuestra literatura no era el reflejo de nuestra vida sino la copia fiel de otra literatura. Era literatura de literatura: es decir, literatura idiomática, sin ningún contenido humano o metafísico, confeccionada sin esfuerzo, para dar lustre al nombre de los autores y recrear el oído de los que están secos de humanidad y de cerebro. Los escritores americanos se han distinguido siempre por su verbosidad ampulosa y hueca. Escriben, digamos, por escribir. No tienen que decir nada y sin embargo se empeñan en hablar inefatigablemente. No hay otra literatura, exceptuando la española, más parlara y frondosa que la nuestra. No sabría uno por dónde empezar para enjuiciarla. Todos los vicios nos acompañan. Y predomina entre nosotros, por añadidura, el espíritu anquilosado de los viejos. Todo es viejo y achacoso. Los jóvenes son más achacosos que los viejos. Pero esto tiene que terminar. Los jóvenes, verdaderamente jóvenes se encargarán de provocar en nuestro medio la reacción que nuestro medio necesita. La biblioteca "Los Nuevos" ha puesto — valga la metáfora — la piedra fundamental de la reacción. Sin hablar de los libros publicados ni de los que irá publicando sucesivamente, este de Mariani se acredita como un ensayo feliz de lo que aquí hace falta: una literatura propia, que hable de nuestra vida con nuestro propio lenguaje. Entendamos por literatura propia, no una literatura indígena ni euriindia, sino un medio de expresión, más o menos particular que revele nuestras costumbres. Mariani reúne todas las condiciones del escritor que necesitamos. Tiene un estilo fuerte y vivo. No es el suyo un estilo fósil, de academia. El idioma, en su boca, se retuerce como una culebra. Vive con vida propia. Es de una incorrección maravillosa. El ha conseguido, como ninguno el desarreglo perfecto del lenguaje. Se expresa de una manera única. Tiene que decir algo y lo dice. Logra decirlo. Aunque por la manera distinta de mezclar las

palabras puede parecer embrollado, en el fondo, hay una claridad meridiana. Luego, la manera de decir las cosas es siempre secundaria; lo importante es lo que se dice. De todas las obras se desprende un aliento, algo así como un espíritu independiente de las palabras. Hay algo de magia en la literatura que no se puede concretar, pero que se siente. El escritor fascina con un poder invisible que está por encima de todo juicio y de toda ponderación. Mariani se apodera del lector desde la primera página hasta la última. Tiene esa virtud mágica del escritor de enjundia. Agarra al lector. La primera condición de un novelista es agarrar al lector por medio de ese magnetismo que poseen muy desarrollado los hombres de talento. Después que el escritor agarra al lector lo lleva a donde quiere. Y Mariani lo mete en una oficina y le empieza a desnudar el alma vacía de los empleados; ese proletariado que está en contacto con la burguesía, que tiene apariencia burguesa y que sufre más hondamente, quizás que el obrero, la tiranía económica. La insipidez del medio cobra por momentos proporciones sombrías y trágicas. Es, la oficina, un medio enfadoso, que embrutece paulatinamente, una especie de guillotina que le va cortando el cogote paulatinamente a la vida espiritual y física de los empleados. Mariani ha sabido ver en el espíritu de esa gente "bien vestida", que se agosta detrás del mostrador, en la oficina, en la caja, fosilizándose en una tarea monótona, igual embrutecedora, prestando una utilidad perfectamente inútil y llevando una vida que se parece a cualquier cosa menos a la vida. Todavía los obreros llevan la mugre de su condición impresa en el rostro y en el alma y luchan por emanciparse del yugo de la explotación; pero los empleados viven sin ninguna esperanza. Están en el purgatorio de la explotación humana, en esa zona intermedia del que es y no es simultáneamente un esclavo. El obrero, por más obtuso que sea, ve siempre su condición abyecta de máquina productora. El empleado si algo ve, ve que no sirve para nada, ni es capaz de nada. Es la carcoma del proletariado.

Sin embargo, el fin de ambos es idéntico. Mueren como está escrito: "desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá". Mueren como todos aquellos que han trabajado por ellos y por los demás. Viven en la oscuridad. En su vida no ocurre nada. La historia de todos los empleados que desfilan en el libro de Mariani es una historia en blanco. El acontecimiento más grande que le ocurre a Uno es que se le rompe una pata. O perder el empleo. O errar una firma en el asiento de

una partida y volverse idiota. Así son de sencillos en su estructura estos "Cuentos de la oficina". Y con estos simples elementos Mariani consigue una gran intensidad dramática. Así en "Uno" que es acaso el más triste de los cuentos. Asombra la vulgaridad del asunto — un resbalón provocado por una cáscara de fruta — y las funestas consecuencias que de este hecho fortuito se derivan.

En "Lacarreguy" el lector se vuelca en simpatías sobre ese pobre muchacho que, para conservar a su amante se decide — ¡al fin! — a robar un dinero de la caja, el mismo día que su amante lo abandona. Se empieza a sufrir por Lacarreguy cuando se comprende que el muchacho va por mal camino. El asunto es un asunto de todos los días, la realidad ordinaria, en fin; pero el que nos cuenta esto, tiene un don especial para interesarnos en la suerte adversa de sus personajes. De antemano sabemos que ocurrirá; pero, ni la simplicidad del drama, ni la vulgaridad del fracaso sentimental, nos exime de sentir la angustia que el sospechado final nos depara.

En "La Picción", — ¡el mejor de estos cuentos — unos niños que juegan "a los padres"; nos revelan la desesperante realidad de la vida.

El procedimiento que emplea este escritor para la construcción de sus cuentos es de lo más interesante. Sorprende a los personajes en determinado momento. Así la pintura es en todas las páginas viva y ardiente. Es realista en el mejor sentido de la palabra y su estilo, ya lo dijimos, es completamente suyo. Hay en el Mariani "descriptivo" como una superabundancia de imágenes y metáforas originalísimas. Se nota que bullen en su cerebro y se hacen presente atropellándose, pujando por obtener puesto en una prosa apretada y sobria a veces, abundante y fácil otras, en una como sociedad de la acción y el pensamiento.

Algunos de sus cuentos son de corte poético; pero esto, lejos de constituir un defecto, contribuye a ennoblecer un tema árido e ingrato de por sí.

A veces, la prosa de Mariani desconcierta un poco por lo abundante, por lo eslozamente demostrativa, — si se nos permite decir, — por la insistencia sobre el adjetivo que, naturalmente, si es agradable en muchos casos, en otros resulta ingrato. Por ejemplo: "...el rojo de los labios rojos como pintados de rojo"...; "...las dejaban al fin con los párpados como pesadas cortinas de plomo, con las piernas pesadas como plomo, con todos los músculos como de plomo, pesados"...; "...esa tarde en que parecía llover caliente y pesado aire de plomo caliente y pesado"...

También alguna vez, muy rara, la propiedad de una palabra no es justa: v. g.: un gesto de hombros...

Pero, ¿es posible considerar estas pequeñas cosas cuando el espíritu de uno se halla ganado

por el espíritu del libro? Solamente un reprochable prurito profesional puede hacer que distraigamos unos segundos en la anotación de lo apuntado.

Por lo demás, Mariani conoce a fondo su oficio, por decirlo en castellano. Se advierte que maneja el idioma un poco juguetonamente, como quien se siente seguro de su posesión.

Pero no debiéramos haber hablado sino del alma del libro que es como el catecismo de los que entregan su juventud henchida de ilusiones a la oficina y que Mariani canta hermosa y amargamente en su "Balada de la oficina". A propósito: este trabajo lo hubiéramos preferido al final del libro.

ANTOLOGIA DE POETAS JOVENES. — Editorial "El Cóndor". — Gualeguaychú.

En provincias ha visto la luz una antología de poetas jóvenes. Por tratarse de literatos nuevos, este libro resulta curioso. Hay cierto candor, cierta ingenuidad que predispone en favor de los que componen el volumen. Los trece escritores que ocupan las noventa páginas del libro están todavía en Rubén Darío, salvo alguna excepción. Hay en ellos como un deseo de derrochar palabras lindas. "La selva de la existencia", "la fuerza de un fondo sentir", "el seno silencioso", "los versos engarzados", "la templada lira", etc., etc. Es decir, la herencia de Darío, pero deslustrada y empobrecida.

Francamente, en conjunto, esta antología deja mucho que desear. Pero nosotros no olvidamos que todos los que se dedican a las letras, empezaron haciendo versos malos. Algunos, los menos, tienen suerte y no consiguen publicarlos; luego, con el andar de los años, los rompen; otros, después de publicados se arrepienten de haberlos dado a la luz y de estos se puede esperar alguna obra; los más viven en la luna y al fin fracasan.

No nos cansaremos de repetir que el arte es un gran dolor y que la obra de arte cuesta enormes sacrificios. Esto dicho y haciendo votos por que todos los cantores encuentren rápidamente su camino literario, vamos a pasar revista, someramente a las composiciones.

El poeta Villamarni, que encabeza el grupo de poetas de este libro, no es muy original que digamos. Es una reedición de "mi suave lirismo", "soñando ser lago" "me lleno de estrellas" y de otras imágenes por el estilo, no menos gastadas por el abuso. Además no construye bien todavía. Guillermo E. Parknis Hidalgo no ha encontrado tampoco la senda que ha de seguir en el futuro. Se nota en su obra como un titubeo. Cuando sus ideas adquieren madurez, tendremos un poeta de fondo simple y humano y dotado de una rara intuición poética.

Delfo Destefani no "pulsa la lira" con mano segura. Para este poeta la mañana sigue vistiéndose de rosácel y la muerte tiene un acento *plácido* (ver el Campano ilustrado).

M. O. Saldías está todavía en la tierna edad de los versos a la novieita.

Algo más interesante y, sin duda, más audaz y seguro en la versificación es Andrés S. del Pozo.

Abescaat es el tipo de poeta payador.

Cepeda tiene mucho que estudiar y que vivir... y mucho papel que romper.

Veneucio tampoco está maduro para escribir versos.

Villagra dice de Guido Spano que fué como el nardo y el jazmín. Y detál palo...

Y aquí nos encontramos con Gualtieri. Sus versos, ya conocidos, son versos de combate. Entre "las palomas y los lagos" de Villamirín, son como piedras a un tejado de vidrio.

Massera Borda es todavía un colegial, Pascal, un punto más interesante.

Y Martín C. Enrique G. es un soñador empedernido, lleno de rosas azules y Stambules y cielos lirondos.

El propósito de la Antología ha sido bueno. La realidad ha desmentido el buen propósito. Las biografías mal hechas y de pésimo gusto.

Nosotros. — El número que corresponde a abril trae una buena traducción en verso de la "Balada de la cárcel de Reading", de Oscar Wilde, por Jacinto Cárdenas. Está rea-

lizado este encomiable trabajo con un criterio muy justo, aunque algunos pasajes sean convencionales debido a las naturales dificultades que surgen de la versificación. Antecede a este poema un breve comentario de Wilde, firmado por Jorge Luis Borges que es de los nuevos escritores que se destacan por el "mucho ruido y pocas nueces". Efectivamente, para exponer una idea cualquiera, de las más simples, adoptan una postura magistral y recurren a mil y un artificio literario. De resultas de esta conducta pueril surge una prosa hinchada, pretenciosa, relamida.

Colaboran, además, en este número: C. Villalobos Domínguez, Mariano A. Barroneches, Armando Levene y Henríquez Ureña.

La vie des peuples. — El número correspondiente al mes de marzo ha llegado a nuestra redacción. Georges Lafond se ocupa extensamente de Rufino Blanco Fombona. Refiriéndose a su obra, dice:

"Es inmensa. De un eclecticismo que desconcierta. "Poligráfica", la denomina González Blanco. Si este término no existe es necesario crearlo para él... etc., etc., etc."

¡Caramba, eso que saben los franceses, lo ignoramos por acá!

L. B.

VANZETTI

He pasado una hora en la prisión de Charlestown con Bartolomé Vanzetti. He conocido numerosos agitadores radicales de todas las escuelas y de todas las razas, y creo que se me puede considerar como un hombre conocedor de esta especie particular de individuos.

Ofrezco mi testimonio al tribunal de la opinión pública: este humilde trabajador italiano es precisamente lo que pretende ser: un idealista y un apóstol del nuevo orden social.

Para considerarlo como culpable de agresión y homicidio, debería acusarme yo mismo como tal.

Es sencillo, natural y franco como un niño, es sensible y posee ese refinamiento innato del que derivan las buenas maneras sin tener necesidad de aprenderlas.

Ha consagrado su vida a los camaradas del trabajo; servir a la causa de estos, y lo sabe.

Posee también alguna experiencia de la crítica literaria y de la personalidad humana tal cual se revela en la literatura. He hablado con millares de personas que han leído mis libros y soy capaz de juzgar si los han comprendido o no.

Vanzetti ha leído mi novela "Jimmy Higgins", y he comprendido precisamente que se ha identificado con el alma de ese mártir de la clase obrera, que ha compartido todos sus sueños, sufrido todas sus privaciones y vencido todas sus tempestades. Así paridad de verdad.

es la encarnación de "Jimmy Higgins", como otros muchos millares de obreros que han estado en su corazón que la vida no tiene valor sin la libertad y que la justicia para todos los oprimidos de nuestro sistema social es la divinidad de su existencia.

Podría también decir algo sobre el peligro que mina nuestras leyes y el gobierno, peligro que procede de los que obrando en su nombre, han conspirado deliberadamente para enviar al suplicio a tal hombre.

Pero después de haber conversado con Vanzetti, no se puede pensar en sistemas legales, solo se puede pensar en el hombre...

Es nuestro hermano, es necesario salvarlo; cordial, bravo y leal, en vida preciosa no puede terminar en las manos del verdugo!

Me solicitó un libro italiano.

¡Acercas de que creías que trataba? ¡Acercas del arte de tirar bombas, y de servirse de la dinamita?

¡Sobre la táctica de la guerra de clases? ¡Oh, no, era un libro que trataba del modo de componer versos! ¡Quería escribir un canto para despertar a los trabajadores de Italia!

Yo digo a los trabajadores de América: Arrancad al patíbulo este hombre; dadle su libro de prosodia italiana y dejadle componer su "Canto al Porvenir".

Trad. S. J. J.



AL MARGEN DE UNA CRITICA INFUNDADA

JOSE GABRIEL EN LA PICOTA

por L. R. VISCONTINI



Un señor llamado José Gabriel ha escrito y — delito mayor aún — ha publicado, en el número 813 de la revista "El Hogar", cierto lamentable articulillo intitulado "Un programa de estudios".

En el mencionado articulillo Gabriel despotica — con una marcada mala voluntad y un notable desacierto — acerca del nuevo programa de estudios de Preceptiva Literaria que para el Colegio Nacional de Buenos Aires formulara una autorizada Comisión de profesores de dicha casa de estudios y que entrara en vigor en el transcurso del corriente año.

Gabriel, que comete un error en cada párrafo, intenta — aunque se halla bien lejos de conseguirlo — demostrar lo siguiente: primero, que el mentado programa, por ser excesivamente vasto y complejo, resulta inapropiado para alumnos de cuarto año; y segundo, que no es un programa innovador, destinado a marcar "un nuevo derrotero a la preceptiva literaria", como dijera uno de sus autores, el doctor José M. Monner Sans, en reciente interesantísima publicación debidamente comentada, en su oportunidad, en la sección bibliográfica de esta revista. Pues bien, Gabriel ha demostrado algo, si, en el articulillo de que nos estamos ocupando, pero algo distinto, completamente distinto, de aquello que con amable intención se propusiera: ha demostrado carecer de la necesaria versación en el tema que trata — y maltrata — y asimismo ha demostrado poseer una expresa mala voluntad que le lleva a tergiversar hechos y palabras y a criticar sin motivo.

Dice Gabriel en uno de los párrafos liminares de su aludido trabajo: "Toleraremos, pues, ese ampuloso plan de estudios de los colegios nacionales, en el que el cúmulo de asignaturas es tal que bastaría a ocupar toda una vida aplicada si siquiera medianamente hubiera de aprenderse". Error, error garrafal y gabrieliano, pues cualquier alumno aplicado que egresa del Colegio Nacional, si ha estudiado con real empeño las diversas materias y ha tenido profesores conscientes, habrá aprendido ese "cúmulo de asignaturas" de que nos habla con espanto Gabriel. Las habrá asimilado superficial y enciclopédicamente, es cierto, mas no olvidemos que enciclopédico y superficial es precisamente el carácter que reviste en nuestro país la enseñanza secundaria. Extraña, pues, la aventurada opinión emitida por Gabriel, que hemos transcrita anteriormente y extraña más aún al saberse que el autor — según lo declara a sus atónitos lectores — ejerce el "profesorado secundario nacional".

Habla luego del "egocentrismo exaltado" de

pinarse para lanzar al aire la que él imaginó terrible piedra, debió reparar en la propia casa y comprobar si su tejado no era de frágil cristal...

No hemos de "disecar" uno a uno los diversos párrafos del articulillo de que es responsable el señor Gabriel; no hemos de analizar — con una detención innecesaria — sus inexactas apreciaciones; pero sí hemos de señalar, antes de poner punto final a este comentario, algunos de los tantos errores que en el articulillo de Gabriel han encontrado cómodo y propicio albergue.

Para responder al programa — dice Gabriel — "se exige al alumno el conocimiento de no menos de cincuenta obras literarias". Esta afirmación constituye una inexactitud tan grande que hace pensar sino en una intencional equivocación por lo menos en una ligereza impropia de una crítica razonada. Porque las "cincuenta obras" de marras no pasan de una docena...

Afirma luego el distinguido miembro del "profesorado secundario nacional" que con el nuevo programa "el alumno debe conocer y poder comentar la "Poética" de Aristóteles, la "Epístola a los Pisones" de Horacio, el "Arte Poética" de Boileau, la "Estética" de Hegel, el problema de la historiografía y las teorías estéticas de Croce". Esto tampoco es cierto: sólo se le exigen al educando — el programa lo establece claramente — la lectura y el posterior comentario de algunos capítulos de las mencionadas trascendentales obras.

Armémonos de valor, lector amigo, y sigamos avanzando por este campo generosamente sembrado de errores por el señor Gabriel. Nos encontramos con el vocablo "tópico" y no salimos de nuestro asombro, pues Gabriel, que como todo el mundo sabe pertenece al profesorado secundario, no debía ignorar que "tópico" — como sinónimo de tema o asunto — es un feo barbarismo.

No hemos de seguir nuestro trabajo de "dissección", pues creemos que con lo hecho queda harto probada la ligereza rayana en injusticia con que, en algunas ocasiones, suelen juzgar la honesta, eficiente y laboriosa acción de sus colegas ciertos miembros del "profesorado secundario nacional".

L. R. Viscontini.

Buenos Aires, mayo de 1925.

LEA

BIBLIOTECA DE
NOVELAS DE AVENTURAS

CARTAS ABIERTAS

M. L. U., Capital. — En *Invierno* usted ha querido desarrollar un tema bastante bueno. Pero su propósito no ha sido satisfecho, porque ha tratado de hacer literatura vulgar, ehabacana y a la vez incongruente. Para relatar la impresión que a usted le causó ese "espectáculo" no hay ninguna necesidad de emplear frases y giros forzados, fuera de lo real y ajenos al propósito que lo anima.

La construcción de su *Invierno* es tan defectuosa como el régimen imperante, responsable del motivo de su cuento.

Intente usted otra cosa y veremos si tiene en cuenta estas ligeras observaciones, expresadas amigablemente.

C. L., Capital. — En su "*Juramentos*" se nota la buena intención que a usted lo anima, pero aun se notan más sus defectos. Como usted tiene condiciones, por lo menos así lo revela su trabajo, puede mandarnos otra cosa que empiece por no ser tan extensa y termine siendo más comprensible.

J. M., Capital. — Seguramente que usted entusiasmado por *El pecado de Jessie Maclean* ha cometido otro pecado, traduciendo muy mal un cuento que no es muy bueno y que por añadidura es muy largo. Antes de hacer traducciones del inglés debe usted aprender este idioma y el castellano, pues con el ruso solamente no conseguirá lo que se propone.

L. A. R., Capital. — Su cuento *La "boba"* no se puede publicar por muchas razones. No las vamos a detallar aquí porque nos llevaría mucho espacio. Le advertimos a usted que todavía no tiene condiciones para escribir, aunque se proponga tratar buenos temas. Esto es lo que se deduce de la lectura de *La "boba"*.

V. P. F., Capital. — Vea, *Hermano Diablo*, no ha tenido la suficiente diablura para convencernos. Usted tendrá toda la razón que quiera para eludir la prisión académica, pero a nosotros no nos ha podido convenir Vargás Vila y con algunas razones, de manera que no podemos darnos por convencidos con un discípulo. Esto en cuanto a la forma que usted ha adoptado para expresar sus ideas, porque en lo demás estamos también distanciados, en virtud del palabrerío que usted usa para decir muy poca cosa de nuevo contra la Religión Católica y sus secuaces. Hágase notar usted por sus ideas y no por su forma estafalaria.

A. O., Buenos Aires. — Como sus *Bagatelas* eran tal cosa, el linotipista las ha devuelto porque no ha podido descifrar lo que usted ha escrito. Si manda otra cosa que no sea bagatela y se pueda leer le prestaremos un poco más de atención.

C. P., Capital. — El vendedor ambulante es una descripción malísimamente hecha. De ninguna manera es publicable.

J. A., Capital. — Su descripción *En el presidio* es muy defectuosa y lo es doblemente por la forma en que usted emplea el pronombre y el sustantivo. Deje usted la gramática como está y ponga un poco más de atención en lo que escribe y verá que es mejor y más fácil de publicar lo que piensa sobre el orden social imperante, con cuya opinión estamos de acuerdo. Maude otra cosa.

R. A., Capital. — El *Rosal de la Virgen* no se puede publicar por su gran extensión. Con mucho gusto publicaremos otra colaboración suya que sea más corta.

H. P., Capital. — Usted está muy equivocado, amigo, si usted cree que una obra vale tanto más cuanto más extensa sea. Eso es un error que lo coloca a usted al nivel intelectual de cualquier analfabeto. Tenga presente que por regla general las mejores obras no son las más extensas.

Dudoso, Capital. — Salga usted de su inquietante duda. Esta revista no es ni socialista ni anarquista. Lo mismo publicamos un trabajo de un autor que profese ideas socialistas que anarquistas. Lo que nos interesa principalmente, desde el punto de vista ideológico, es la crítica contra el orden social imperante. La sociedad actual se desmorona, no le quepa a usted la menor duda, y que la humanidad va hacia el socialismo antes que al anarquismo, es también una consecuencia lógica del determinismo histórico. Tenga usted la casi absoluta visión de que la humanidad no se estancará ni en el socialismo ni en el anarquismo, irá más allá...

Un lector, Buenos Aires. — Sin tanto elogio, por que no lo merecemos, desde que eutafismos con los dictados de nuestra conciencia, ni tanto preámbulo, desde que usted se propone una cosa, libre de influencias extrañas, leemos su trabajo, cuando nos lo envíe, y le daremos nuestra opinión con toda la sinceridad que nos caracteriza.

J. C., Capital. — Lo sentimos muchísimo, pero aunque usted lea otras diez veces "*Varso de la calle*", treinta "*Tinieblas*", cienenta "*Cuentos de la oficina*" y la Biblia en verso, no podremos publicar su trabajo *Pasan los soldados*, porque aunque los soldados pasan no puede pasar "*El sol relucía en un rayo de sol los caños lustrosos de los fusiles*".

J. L. A., Buenos Aires. — No hay nada que hacer con su *Sentimentalismo vano*. Se conoce que usted ha leído mucho pero sabe escri-

mir muy poco todavía. Siga leyendo y cuando usted escriba acuerdese que ninguno de los autores que cita en "Sentimentalismo vano" se ha expresado tan incoherentemente como usted lo hace en su intento de colaboración que motiva estas líneas.

A. J. L. — Su *Dolor de amor* es el dolor más tropical de todo lo que hasta hoy hemos leído. Para usted el amor es indescifrable y para nosotros es indescifrable "su" colaboración. No haga literatura altisonante ni copie en prosa lo que otros han escrito en verso. Eso queda muy feo para un principiante como usted mismo se califica.

Urbano T., *Capital*. — Lo que usted dice no se dice, se hace. Su amada se lo agradecerá. Y nosotros también. Los versos — "Yo debería quererte, etc." — son bastante malos, gracias a Dios.

P. D. F., *General Pinto*. — Vea amigo, no "arroje sus despojos a las plantas de su amada" porque van a florecer antes de tiempo. Además, no pensando en esas cosas trágicas los sonetos le van a salir más lindos.

F. R., *Martínez F. C. C. A.* — Sus versos "Ley de herencia" no pueden publicarse porque son muy tristes.

E. G. I., *Capital*. — No es cierto que los versos del Jabón Renter que nos remite hayan sido escritos por Evar Méndez. Nos consta que este poeta nunca ha comerciado con sus versos. Usted debe tenerle tirria porque no lo cita en el trabajo sobre la joven literatura argentina, que está preparando.

A. D., *Ituzingó*. — Hace usted mal al quedarse leyendo a Galdós, Darío, Junqueiro, Voltaire, Verlaine y Neruo, en un hermoso día de sol. Por eso los versos no le salen bien.

A. F. D., *Capital*. — Mande su poema "No puedo" al periódico futurista "Martín Fierro".

N. O. G. M. — Tampoco su "Nocturno" noctívago es para nuestra revista.

E. C. — Sus traducciones no son muy seguras. Persista; aun así sus trabajos son meritorios.

G. A., *Capital*. — Hay pocos barones y no muchos varones. Exalte al hombre sin perder tiempo con cosas que no son nuestra. Eso está bien para España.

J. V., *Capital*. — Su soneto está escrito en difícil. Ni la comisión de lectura de nuestra editorial ha podido descifrarlo. Mande una traducción.

A. C., *Villa María*. — Su error estriba en que usted considera el Arte como un entretenimiento.

E. C., *Capital*. — Nuestra opinión es ésta: sus versos no están maduros. Trabaje y estudie con tesón.

M. B. C., *Santiago del Estero*. — No es para nuestra revista. Envíelo a "El Hogar".

Poetas Brasileños

INANIA VERBA

(Olavo Bilac).

Ah! quién ha de exprimir, alma impotente,
(esclava,
lo que la boca calla, ni la mano se atreve?
Ardes, sangras clavada en la cruz y en breve,
miras deshecho en llanto lo que te deslumbra
(ba...

El Pensamiento hierve en un turbión de lava:
La Forma fría y densa, es sepulcro de nieve...
y la Palabra, muda, ahoga la Idea leve,
que, perfume y claror, refulgía y volaba.

¿Quién el molde hallará para expresarlo todo?
¡Ay! ¿Quién ha de decir las ansias infinitas?...
Y el Cielo que no oye la voz que se levanta.

¿Y la ira muda, y el asco mudo, de qué modo?
¿Y las palabras de fe, nunca dichas ni escri-
(tas?
¿Y las confesiones que mueren en la garganta?

Emilio Curiello.

FAUNA SUDAMERICANA

(Biografía de parásitos ilustres).

Histrión, xenófobo, asesta
De ignaras lucubraciones
Y veleidad de coqueta...
Un patriota a la violeta:
LUGONES.

Obsecuente cual lacayo
Que lame al amo los pies...
Habla como papagayo
Los veinte y cinco de mayo:
CARLES.

Plumífero, moralista
—Quizás un papel de a mil
Pesos, lo volvió altruista—
¡Caray! desde su revista:
VIGIL.

Voluptuoso... peina canas,
Con gente bien se codea...
(¿Quiénes serán las fulanas
Que perfuman sus sotanas?)
DE ANDREA.

Renato F. Lenzi.

Abril de 1925

UN JUICIO SOBRE MALDITOS

Antes de comenzar a leer el último libro de Elías Castelnuovo, entorné mis párpados... Y pensé:

La crítica ha sido dura, severa, antojadiza. No se ha tenido piedad de "Malditos"... Hasta los propios amigos, han renegado a Castelnuovo... Y le han repudiado...

Abrió el libro, con un poco de pena. Hasta con temor, si se quiere. *Malditos, Lázaro*.

Me detuve en el índice: Leí: "*Raza de Caín*". En mi mesa de trabajo, había un libro de tapas sombrías. Era una Biblia.

Tuve deseos de leer las lamentaciones de Job. Las páginas de hierro del Eclesiastés...

Examiné atentamente las ilustraciones de Facio Hebequer.

Con qué pavor sagrado ausculté la portada de "*Malditos*". Esa teoría de visiones oscuras y trágicas, dejan un temblor de angustia en mis pupilas. El aroma de la muerte, en las comisuras de la vida.

Aquellos dos ciegos saparrastrosos y estrafalarios, dan horror. Enferman el alma, de piedad y de lágrimas...

"*Lázaro*", es cruel, salvaje, martirizante. Asusta. La calavera hosca y sombría, parece meditar, en esta cosa miserable que se llama "*la vida*".

Facio Hebequer, ha interpretado en una forma diabólica, aquella humanidad amargada y hurañada, despiadada y maldita.

Cuando terminé la lectura de "*Raza de Caín*", cerré, inconscientemente quizá, el libro.

Me dominaba todavía, la fiera inclemencia de "*Tinieblas*".

Aquel libro aere y exacerbante, ejercía aún una influencia poderosa.

Cómo olvidar, la escena piadosa y grave de la "*casa de citas*", de la calle Andes?

Un vagabundo y una prostituta, funden sus dos vidas maltrechas y oscuras, en la violencia cálida del beso. Y unen para siempre sus destinos, en un rapto de pasión y de éxtasis.

El diálogo, es sencillo, trivial, desolador. Con turba. Hace estremecer. Martiriza.

Leamos:

—Anoche noté que me observabas — murmuró la rubia.

—Jerónimo, sorprendido, no supo, primero, qué contestar; casi le dice: me alegro, después reflexionó y la interrogó con dulzura:

—¿Cómo te llamás?

—Sara.

—Hubo una pausa, durante la cual, ambos se envolvieron repetidas veces en miradas compasivas de perros sarnosos.

—¿No tenés un traje mejor que este? — investigó Sara, tirándole despectivamente una manga descolorida.

—No — replicó Jerónimo — ni mejor, ni peor; es el único...

—¿No trabajás?

—Sí, pero gano muy poco...

—¿Tan poco?

—A veces, lo que gano, no me alcanza para comer... Entonces...

—¿Qué hacés?

—No como...

Sara sonrió tristemente, contrajo los labios y buseó con angustia los ojos de su compañero que se desviaban.

—¿Por qué me mirabas anoche? — insistió.

—Porque todas las mujeres me huyeron, menos tú... luego pensé...

—¿Qué pensastes?

—Que tú no debías ser igual a todas.

—¿Nada más que eso?

—Nada más, hermana...

Aquí, el diálogo, se interrumpe. Castelnuovo pone en boca de un vagabundo andrajoso, la palabra "hermana". Y esta palabra sencilla, pronunciada silenciosamente, inquieta, hasta la exageración, a la pobre Sara. Hacía tiempo que nadie la llamaba "hermana". Nadie. Y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y su voz, se hace ronea, como un sollozo...

—¿Sufrís mucho? — inquirió reanudando el hilo de la conversación.

—Jerónimo volvió a inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—Mucho, hermana...

—¿Por qué me llamás hermana?

Otra interrupción. La palabra diabólica, hace temblar el cuerpo frágil y desartificado de Sara. Ahora, su desesperación no tiene límites. Con una nerviosidad espasmódica, coje de un brazo a su compañero y lo arrastra, por un corredor oscuro, hasta su pieza.

La conversación se reanuda nuevamente. Sara habla de su vida. Jerónimo la escucha en silencio, alucinado.

—Buseó un tipo de mujer desgraciada, y no la podrás nunca, nunca comparar conmigo.

Castelnuovo, logra en este cuento, un efecto exasperante. Conmueve hasta las lágrimas.

—Mi vida es y no es sombría, te diré, porque es y no es mi vida... yo soy y no soy al mismo tiempo... Esto me aflige mucho.

—Te creo hermana.

—Mi corazón está vacío, está muerta mi alma, y no está muerta... Comprendés lo que te quiero decir?

—Sí, sí; vos quisieras como yo, vivir tu vida, pero las circunstancias te obligan a vivir una vida que no es la tuya...

—Yo no sé, propiamente, lo que busco, pero sé que lo que tengo no es mío... Me falta algo, me falta algo...

—Tu vida.

—Mi vida. Sí, mi vida... ¿Quién me quita mi vida? ¿Quién me la roba? Por qué si es mía, si Dios me la ha dado a mí, no la puedo vivir yo?

Jerónimo, conolido, le aventuró una mano por entre los rizos de su melena y exclamó:

—Pobre Sara...

—Yo me llamo Aurelia — corrigió Sara, en

un arranque de sinceridad. Hace cinco años que caí en la prostitución... Antes, era de buena familia... Ahora, ya ves lo que soy: ¡una prostituta!

"Desamparados", es la narración más completa y más fuerte de Castelnovo. Llena de insiduos ásperos y profundas, deshoja en la fugacidad de la hora, las rosas negras de la angustia.

—¿Estás llorando?"

"Ella penetró el alcance de la pregunta y lo miró con los ojos inundados de lágrimas".

—¿Por qué me lo preguntás?"

—Nada... suponía..."

—Que las prostitutas no lloraban.

—Era una suposición mía..."

—Si, sí, no pueden llorar... no pueden llorar... ¡están corrompidas!..."

Aurelia era una santa. Murió envenenada. Ella misma se ingirió el tóxico fatal...

Si alguna vez las divinas hijas de Eva, leyeron las memorias — aquellas mismas memorias que Jerónimo descifrara aterrorizado, en la cárcel donde estaba recluso — si alguna vez, leyeron el manuscrito de Aurelia, las divinas hijas de Eva, se estremecerían como vírgenes histéricas, y palidecerían... Y se tornarían más buenas, y piadosas.

"Tinieblas", se inicia con un relato conmovedor. Sigue un cuento caprichoso y malvado. Su nombre de pila: "Tinieblas". El mismo del libro. Atrás, llegan "De profundis, Desamparados".

Mirad esta lámina. La esbozó y la dibujó, César Augusto Caggiano. Es una síntesis magnífica, de luz y de sombras.

El artista argentino, ha interpretado, maravillosamente, a Castelnovo. El cuento gana en plasticidad y belleza, y triunfa en la gloria del símbolo.

"De profundis", es un breviario de lágrimas y penas. El grito inconsolable de la angustia.

Alfredo, el niño triste y extraviado, regresa a Montevideo, cansado de sufrir y de llorar.

La ciudad está transformada. Desconocida. Llega al conventillo donde se crió: Estaba derribado. El invierno azotaba, el viejo caserío de la "barriada".

Y vacilante y cadavérico, deambula por las calles solitarias. Y llega hasta la casa de la buena novia. Y llama.

Una vieja espectral, desolada, siniestra, abre la puerta. Era la madre de Irene.

—¿Alfredo, Alfredo! — me decía llorando — ¡No sabés lo que pasa! ¡Ah, no te imaginas lo que ha pasado!"

Y el niño triste y extraviado, sabe la verdad, toda la verdad. Irene, la pobre Irene...

—¿No sabés? Pero ¡no sabés que ha muerto! Sí, sí, hijo mío, ha muerto, ha muerto!"...

Y corre al cementerio. Estaba loco.

Y reza la oración de sus roneores y de sus lágrimas, ante la tumba bien amada...

Irene le escuchaba quizás, desde la eternidad, con íntimo pavor.

El, le cuenta la historia de su vida. Su fuga. Sus andanzas por tierras extrañas. Sus noches de insomnio y de tedio. Sus caídas y sus dolores. El romance de la miseria y el hambre.

Sus últimas palabras son una imprecación. Oíd:

—"Por mis culpas, por mis gravísimas culpas, por todos mis pecados, perdoname..."

—¡Ah, por rebelde, sí, por rebelde, Dios que es tan bueno, me castiga así..."

Se pone de pie. Delira. Coje su gorra mugrienta y la hace pedazos entre sus dientes. Y clama todavía con una desolación que llega a la locura:

—"Dios generoso... ¡santo, santo, santo!... ¡Suéltame un rayo! ¡Suéltale un rayo a ele, a ele! ¡Pega, pega que e guacho!"

"Tinieblas", es un cuento caprichoso y malvado. Escandaliza. Asusta. La historia del bi-notipista y de la pordiosera, se acerca a la tragedia. Es áspera, agria, pavorosa, sacrilega.

Internémonos ahora, en la selva oscura y sollozante de "Malditos".

Cuando terminé la lectura de "Lázaro", me temblaban las lágrimas en los ojos. Una congoja agria, y vieja, dejaba el escozor del miedo, en mis labios...

El joven tuberculoso, que quiere legarle a la abuela, antes de morir, la historia de sus últimos días, parece escapado de la imaginación calenturienta del ángel de Florencia.

Hay escenas que hacen palidecer de dolor. Quizás de indignación. Oíd:

"Tuvimos que vender todo, incluso las plantas. Sí, sí: las diamelas y el heliotropo, aquel heliotropo soberbio del que no puedo olvidarme. Los médicos me comieron cuanto tenía, para comunicarme científicamente que moriría a plazo fijo. Después empecé a rodar por los dispensarios y hospitales. De allí, me despidieron con las palabras más feroces del idioma. Recuerdo, que un médico, desalmado, sin examinarme, me dijo un día:

—"Usted no tiene remedio: ¡a qué santos viene a verme?"

"Yo, me quedé frío; luego insinué con timidez:

—¿No me podría dar algo para prolongar mi vida un año, aunque sea un año? Le declaré a usted con toda mi alma que yo me conformo con vivir solamente un año, un año más... ya ve: no soy exigente".

—¿Y para qué? ¿Para qué quiere usted prolongar su vida?

—¿Sabe? Tengo una hermanita... una criatura de diez años... Está sola... y yo quisiera vivir hasta que ella no tuviese necesidad de mí... ninguna necesidad... ¿Entiende?"

"El médico balanceó la cabeza".

—¿No hay nada, — insistí implorante — absolutamente nada contra mi enfermedad?"

"El hombre gesticuló. Abrió los brazos en abanico y me respondió secamente:

—"Nada. No se ha descubierto nada todavía para resucitar cadáveres."

El joven tuberculoso, sufre, como Job, la furia sagrada.

Su confesión, es un sollozo, largo, implacable, inmisericorde:

—¿Qué tiene! Yo, recordaba la historia de mi madre, de aquella esclava imperturbable e ignorada a quien un par de tísicos desconocidos le habían hecho los hijos, uno de los cuales era

yo, abuela. Recordaba que había consumido su vida lavando pisos y fregando la mugre pestilente de los tuberculosos que se refugian en las sierras y mi alma caía en un estado de rebelión feroz. Recordaba, asimismo, que tú habías hecho lo propio, y que tu madre, y que la madre de tu madre sufrieron la misma esclavitud abyecta y negra. Me ponía ciego de ira. Todos los azotes que recibieran mis antepasados caían ahora sobre mi cuerpo y me lo desollaban."

¡Pobre abuela! Si ella hubiera leído el manuscrito de su nieto, se le habría roto el corazón y se le habrían cerrado los ojos para siempre.

Castelnuovo, siente la voluptuosidad de las cosas sombrías y trágicas.

El color negro, de carbón, lo obsesiona, desesperada, irremediablemente.

No hay un rayo de luz, no hay una hebra de ensueño, en el prisma negro de su prosa.

Dijérase un caballero fantástico, que escapara de las riveras de la Muerte, y que llegara a la tierra a rezar la oración olvidada y abstrusa, de Nuestra Señora de la Misericordia.

A escrutar las sombras de la noche, camaradas.

No os asustéis. Elías Castelnuovo os conducirá. Yo os vigilaré, desde mi soledad hosca y bravía.

Deteneos, alguien se mueve allí... Mirad.

—¡El loco! ¡El loco!

—Tiene la boca abierta. La cabellera revuelta. Los ojos lívidos.

—Mirad... Mirad...

—Lleva bajo el brazo una Biblia. En el pecho, un crucifijo...

—Parece esperar la barca siniestra de Caronte.

—Más... Más... Más...

—Alma ligada es la suya. Cuerpo llagado es su cuerpo.

—El dolor combinado del cuerpo y del espíritu, dejan en sus ojos, la huella ineluctable.

—Vámonos. Me tiemblan las manos, vacilan mis piernas.

—¡Un sollozo en la noche! ¡Un grito de angustia, en las tinieblas!

—¡Alerta!

—¿Dónde está Castelnuovo? ¿Qué se ha hecho Castelnuovo?

—No os asustéis muchachos. Seguid. Seguid...

—Otro fantasma.

—Otro cadáver que llora.

—Es una vieja. Una vieja harapienta y cansada. Una vieja...

—El ceño adusto. La mirada triste. Ha sufrido mucho.

—Soy Carola, hijo mío — solloza. — Carola, tu madre. ¿Comprendés?

—Mirad, cómo retrocede el loco, y cómo tiembla. Quiere hablar. Quiere hablar y no puede. Su voz es un sonido desarticulado. Un rugido.

—¿Quién anda entre las marañas? ¿Quién asecha entre las sombras?

—¡Paulin! ¡Paulin! — grita la vieja, espantada, — ¡Paulin! ¡Paulin!

—Es un monstruo. Mirad, Rie con una risa agria, sordida. Esgrime en sus manos, un garrote formidable. Se acerca.

—

—“¡Canaya, canaya! — aulla el loco. Tu hijo... tu hijo te va a matar!”

—¿Más espectros aún? ¿Más fantasmas todavía?

—Son mujeres. Lindas y regordetas. Núbiles. Saltan de alegría. Descalzas, semidesnudas, se acercan al ogro. Y le acarician y le besan.

—¡Hijas mías! — ruge la vieja como una fatalidad. — ¡Hijas mías!

—“La cuchiya, la cuchiya”... — recuerda otra calavera que no se ve todavía; — “la cuchiya de carnicero...”

—¿Raza de Caín — solloza la pobre Carola, con una desesperación que llega al paroxismo. — ¿Raza de Caín!

Más de un relato, el primer cuento de “Malditos”, es el esbozo de una novela cruda y realista. Aquí, Castelnuovo, como en “Tinieblas”, se revela un escritor de excepción. Único. Sin parentescos artísticos. Sin orígenes literarios.

Máximo Gorky, le sentaría a su diestra. Dos-
toiewski le abrazaría. Knut Hamsun, le estrecharía las manos, con una alegría inusitada.

—“Raza de Caín!”, es el cuento más fuerte y más rudo de “Malditos”.

El loco, aquel joven pálido y contrahecho, que escribe sus memorias en la celda estrecha y mugrienta de un mesocomio, es un boceto de psicología patológica.

Con qué crudeza singular, con qué belleza salvaje, está descripto a través de sus inquietudes morbosas, Paulin, el monstruo tarado y bárbaro, aquella carroña miserable y maldita, que habéis visto surgir desde las sombras ancestrales, y que os ha sonreído, con una risa agria y sordida!

Y Carola, la madre resignada y cariñosa, que, vencida al fin, se entrega a la “bestia humana” que se ofreció para protegerla y para consolarla!

¡Pobre Carola! Perdonadas les serán todas sus culpas. Y cicatrizadas todas sus heridas. Su espíritu reencarnará, en un pájaro azul que llenará de pedrerías y sueños, la selva sagrada de Artemisa.

No os alarméis, amigos. Castelnuovo es un hombre bueno. Estamos en la tierra de las esperanzas. Al terminar la avenida de los ci-
preses.

—“¡Soy muy desgraciada, César!”

¿Quién se atreve a turbar las sombras todavía? ¡Ah! dos ciegos... dos ciegos saparrastrosos y mugrientos en la noche! ¡Dos ciegos! Parecen escapados de la Siberia legendaria. Quemadas fueron sus pupilas, en los círculos de fuego de la vida. Y sacrificadas todas las esperanzas.

¡Ah! Conozco la historia de estos dos vagabundos. César, él. Julia, ella.

Una choza oscura y estrecha, de lata, les sirve de albergue, en los alrededores de “La Chacarita”. Viven de la caridad pública. Todas las mañanas, les encuentran pegados a la pared, frente al “Mercado de Abastos”.

¡Oh! si supiérais el romance de miseria y de fiebre, os caerían las lágrimas, os temblarían las manos!

César, como Cristo, sufrió, sed y hambre. Abandonado en un tembladeral, avel de rapia de co-

mieron un ojo le maltrataron, el otro. En su mocedad fué escultor. Julia era el ángel de la guarda y su amante.

En las horas más difíciles, la pérfida chiquilla, había abandonado a su dueño. César, no tenía a nadie más a quien querer, en la vida. Y quedó como un niño, perdido entre breñales de pesadilla.

Ella, como María de Magdala, fué una oveja descarriada. Y lágrimas de arrepentimiento, quemaron sus pupilas.

"Estoy en el Hospital X — decía a su amante en una carta desolada — cama número 6, pabellón 2º. San Luis. Tengo una enfermedad terrible en el cuerpo... César, amigo mío, mi buen amado amigo mío, si no venís pronto, creo que me muero. Te lo ruega: Julia."

En sus correrías abyectas, había contraído una enfermedad abominable.

El "mal terrible", empezó su tarea destructora. Julia descendió más bajo todavía. Llegó hasta pedir limosna. Y fué a parar, ya veis, a una sala de hospital.

César llegó a San Luis. Encontró a la pobre muchacha, completamente desfigurada. Sin cabellos, sin pestañas, casi ciega ya, flaca, cada- vérica, podrida. Se sentó al borde del lecho. Y a pesar del estado lamentable de Julia, la abrazó, y le dió un beso en la boca...

Y llanto sordo y aere fué su llanto...

Elias Castelnovo, hunde su bisturí, en las carnes maceradas y corroídas, con una voluptuosidad tenebrosa, y ausculta las vísceras enfermas de la Fatalidad.

Es el poeta del Dolor. En el "Huerto de los Olivos", aprendió a llorar, como el joven here-siárca.

La belleza cruda y realista de sus poemas, tenía que ruborizar a los "niños bien" y a las "chicas de bataclán..."

¿Castelnovo se ha superado en su último libro? ¿La fuerza constructiva de *Tinieblas*, se ha quintaesenciado, en *Malditos*?

La obra definitiva, consagratória, no llega todavía. Es una lástima.

Tinieblas soportó, impávido, el escalpelo torturador. Se defendió a capa y espada. Solo...

Malditos, se estremeció de terror. No tenía el vigor y el coraje de aquél. Y la crítica se extralimitaba, con una severidad afligente.

Esta es la verdad.

Castelnovo, es un hombre joven todavía. Escriitor de médula, se destaca con aristas propias, en la literatura americana.

Su visión estética, debía forzosamente, producir, el pánico y el escándalo, en la tierra de las "novelitas semanales" y de los "poetas remonones..." — A. O.

DEFRAUDACION

La "Editorial Claridad" ha sido víctima de una defraudación que asciende a la suma de 3.000 pesos. Han sido autores de este hecho individuos a quienes se les había encargado de la venta de las ediciones de esta empresa, en distintas ciudades del interior y de la vecina república, los cuales hacían sus "operaciones" bajo el rubro de una pomposa agencia con grandes ramificaciones.

Por esta causa han sido postergadas las ediciones de algunas obras anunciadas y la reducción de otras publicaciones, en virtud de que esta editorial no cuenta con otros recursos que los de la venta de sus ediciones, exentas de todo propósito de lucro.

Oportunamente señalaremos los nombres de los componentes de esta "maffia", para que reciban la retribución a que son acreedores por sus procedimientos.

LA ADMINISTRACION.

LOS POBRES El mejor libro de cuentos de LEONIDAS BARLETTA - -

Se publicará en el volumen V de **LOS NUEVOS** que se pondrá en venta el lunes 15 de Junio

LOS POETAS

SE PUBLICAN DOS TOMOS CADA MES

Vol. 1.—*Poesías completas*, de Diego Fernández Espino. Vol. 2.—*Elegías*, de Eduardo Marquina. Vol. 3.—*El cante errante*, de Rubén Darío. Vol. 4.—*La vejez del Padre Eterno*, de Guerra Junqueiro. Vol. 5.—*Antología de vresos para niños*, selección de Gustavo Riccio. Vol. 6.—*Poesías completas*, de José Asunción Silva. Vol. 7.—*Trinufos nuevos*, de Alberto Ghirardo. Vol. 8.—*Seriedad*, de Amado Nervo. Vol. 9.—*Nuevas rimas*, de Josué Carducci. Vol. 10.—*Las fuentes del camino*, de José de Maturana. Vol. 11.—*Poemas póstumos*, de Juan Pedro Calou. Vol. 12.—*Vinje Sentimental*, por Francisco Villaspesa. Vol. 13.—*La Buena Canción*, por Paul Verlaine. Vol. 14.—*Las Lunas de Oro*, por Julio Herrera y Reissig. Vol. 15.—*Canciones y Poemas*, por Mario Bravo. Vol. 16.—*Los ojos de los fantasmas*, por Emilio Carrere. Vol. 17.—*Poesías completas*, por Jorge Isaac. Vol. 18.—*Póstuma*, por Stechetti. Vol. 19.—*Poesías selectas*, por Almafuerte. Vol. 20.—*Nuevos Castellanos*, por P. M. Gabriel y Galán. Vol. 21.—*Misa de Réquiem y otras poesías*, de Alfredo R. Bufano. Vol. 22.—*Poesías Completas*, de Edgar Allan Poe. Vol. 23.—*Las flores del mal*, por Carlos Baudelaire. Vol. 24.—*Poesías*, de Enrique Heine. Vol. 25.—*Selección de Poesías*, de J. de Espronceda. Vol. 26.—*Paja Brava*, por El Viejo Pancho. Vol. 27.—*Caprichos*, por Manuel Machado. Vol. 28.—*Poesías Irlens*, por Gabriel D'Annunzio.

(Los volúmenes 1, 2, 3 y 4, están agotados).

LIBROS Y PUBLICACIONES DIVERSAS DE EDITORIAL "CLARIDAD"

Barletta, Leonidas, <i>Canciones Agrias</i> ...	1.—
" <i>Los Ventres trágicos</i> ...	1.—
Castelluovo Elías, <i>Tinieblas</i> ...	1.—
" <i>Malditos</i> ...	1.—
Fernández Espino, Dgo., <i>Poesías completas</i> ...	1.—
Fabbri Luis, <i>Dictadura y revolución</i> ...	2.—
Fischer, Max y Alex, <i>Cuentos de Francia</i> ...	1.—
Frutos Carlos, <i>Náufragos de la vida</i> ...	1.—
Justo Juan B., <i>Socialismo</i> ...	1.—
Olivari Nicolás, <i>La amada infiel</i> ...	0.50
Rocker Rodolfo, <i>Artistas y Rebeldes</i> ...	1.80
Rolland Romain, <i>Vida de Mahatma Gandhi</i> ...	1.—
" <i>Vida de Tolstoy</i> ...	1.—
" <i>Vida de Miguel Angel</i> ...	1.—
Stachina Lorenzo, <i>Desgraciados</i> ...	0.50
" <i>Truñas</i> ...	0.50
Tagore Rabindranath, <i>Pájaros perdidos</i> ...	0.30
Uncal José María, <i>Los Poemas Cantábricos</i> ...	1.—
Yunque Alvaro, <i>Versos de la calle</i> ...	1.—
Von Grubber Dr. Max, <i>La higiene en la vida sexual</i>	0.30
Borghi Armando, <i>La Italia tra due Crispi</i> ...	1.50
Vidal Georges, <i>Han Ryner (l'homme et l'oeuvre)</i> ...	0.50
Malatesta E., <i>Au café</i> ...	1.—

NOVEDAD

Cuentos de la Oficina por ROBERTO MARIANI

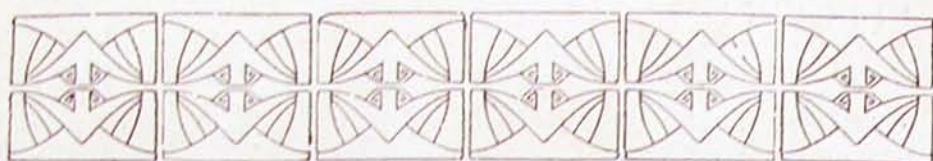
4.º volumen de **LOS NUEVOS**

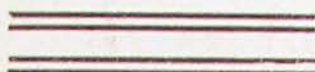
Edición papel vergé. . . . \$ 0.50

Edición papel pluma . . . » 1.—

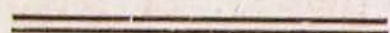
Todos los pedidos se remiten franco de porte.

Dirija la correspondencia a: Editorial Claridad, Casilla de Correo 736, Buenos Aires.



PIDAN 

“QUILMES

 **DE** 

INVIERNO “

La mejor cerveza para la estación

